CICLOS ÍNFIMOS

por Daniel Iván.

Y yo

Soy la flecha,

El rocío que vuela,

Suicida, uno con el impulso,

Ojo caldero de la mañana.

Sylvia Plath / Ariel

CICLOS ÍNFIMOS

Dedicado, como siempre
—y tal vez por última vez—,
a Alter Dei...
convertida en nadie.
(¿Un fantasma?)

A Colibrí, por primera vez,
porque fue su impulso
el que me hizo terminar
este mamotreto.

A Citlalli, mi sobrina,
en el tiempo
y en su existencia milagrosa.

MANIFESTACIONES SALVAJES

I

A veces, cuando no tengo los ojos demacrados, se manifiesta en mí un terrible temor a perder el consciente conocimiento de mí mismo. Tengo miedo de algún día no ver mi sombra. Miedo a ser mi sombra sin verla. Tengo miedo a que un buen día mis manos crezcan desmesuradamente y me ahorquen.

Tengo miedo de algún día llegar a ser el espejo de mis metamorfosis.

II

Veo que te han crecido los ojos y que te has llenado de hijos, virgen de media hora. Veo que te sangra la armonía. Veo que te has llenado la razón impúdica de sombras y de naciones; testigos de tu pequeña dimensión humana. Veo que te hace saltar el júbilo de saber que he muerto sin preguntar por ti.

III

Una exclamación: ¡Oh, mi Dios malencarado! ¡Si supieras, si pudieras saber, si pudieras contar con los dedos de la mano la cantidad de atentados contra el espíritu creado, contra el recreado, que se cometen en tu amargo nombre! ¡Estos, estos tus hombres repugnantes, con sus símbolos y sus tiranías, pretenden liderear la revolución, la de tus hijos, la de los crucificados, la de los revolucionarios! Líderes han muerto; líderes se resucitan mutuamente.

Terrible verdad que ciega mis ojos, mi esperanza.

Estos hombres son dignos —su única dignidad— de nuestras más inspiradas torturas. Les haremos cosquillas hasta que pidan un poco de dolor. Les daremos dolor hasta que rueguen por cosquillas. Sabrán que la muerte puede ser la ventana de la salvación. Ellos sólo buscan salvación.

Estatuas patéticas en la brillantez ficticia de sus colores. Enfermantes con sus vulgares estertores de bondad.

Yo sólo pido un poco del evangelio de las rameras. Padre, sólo pido que me enseñes a ser cruel.

Sólo pido que no se me acaben las mentiras.

AUSENCIA

Mi impaciencia célibe
ha puesto fin a su mandato.
Encontré a mi padre
muerto sobre su ausencia.
Mamá lanzó una sonrisa
que se estrelló contra su amargura.

Hoy empiezo a amar a Cristo.
Hoy empiezo a creer en su misericordia.

ÍNFIMO

No quiero
hundirme
(pero estoy hundido).
No quiero
quedar mudo
(pero no tengo voz).

No quiero
morir en el día del Señor.
No puedo
morir
pues no están aquí mis padres
para disfrutarlo.

No puedo
morir
pues no merezco la muerte.

La muerte ciega.
La muerte sin ciclo.
Mi muerte amiga.
La muy puta que me ama.

No merezco
la oportunidad.

Me duele en los ojos no ser libre.
Me duele en los pies no poder seguirte.
Me duele en la espalda mi eterno final.

Estoy seco
en el húmedo desierto.

Mi único amor es Satán,
el séptimo.

Mi Dios es el Diablo
de voz suicida.

También mi Dios ha muerto.

ROMPECABEZAS

Marcas en el rostro.
Batallas sin par
en el viento del vicio.
La Bestia no encuentra
signos para expresar
el abandono.
El primer deseo es
sin duda escapar;
huir de la escalera de la noche.
El primer efecto es
no reconocer el mar
ni su embriagante sal.
Y la mirada de los niños
y el mal a conquistar
completan con sus garras el delirio.

CARROS

Presentando un poco del sabor del odio, ante ti y ante la pálida llamarada del recuerdo. Se están presentando ante la frágil quimera del sistema sutiles blasfemias multiraciales y multiformes, carros de hoja de lata que sostienen la vanidad —¡tan lejos del infierno!

Los huérfanos se han perdido en el océano de tu aliento, abrigados por la ternura y la ambición, ebrios de poder y amargos por la espera; pérfidos en su muerte y en su sombra, de frente al hecho de no ver —¡tan lejos del infierno!

Y la armonía en las llagas del Señor, esa lágrima que derrama el vaso de la muerte. ¡Te amo! Y en la asqueante soledad de verte caliente y ahogada en tus líquidos, me imagino:

Te ahogas, con el semblante doliente y los ojos temblorosos, en la dura imaginación de saberte hermosa y radiante y temerosa de ser una insignificante carnada para estos cerdos —¡tan lejos del infierno!

Las prostitutas se bañan en los manantiales de Cristo —el que tropieza tres veces—. Sé que algún día tuviste ojos hermosos y manos que apretaban devotas libros de M. y cabellos que sudaban como una cascada de sal. Sé que algún día imaginaste que soportarías el parto del mundo.

Siempre y cuando tu vientre esté listo a tiempo.

LLUVIA DE CENIZAS

La tierra luce vulnerable
aún para la pasión del teórico
asesino.
Pasión por la derrota.
Nunca;
nunca aparecerá el altar
pletórico de crimen y visiones expectantes.

El espectador es un maniático lisiado.

El rincón de luz luce débil.
Sutil ante la magnificencia de la noche
amarga,
de la oscuridad plañidera,
de las cuencas del cadáver.
Y el amante,
el amante que irrumpe
y secuestra la inocencia
de la ramera perfecta
montada en la pequeña
prisión del rayo de sol,
cae bajo el polvo de los ángeles.

Criaturas de agresión.

Los fieles han entrado
a nuestro templo de aflicción,
marchando como judíos en la hoguera.
¡Madre,

sácanos de tu vientre en llamas!
¡Padre,
abríganos con tu silencioso y augusto
porvenir!
¡El reino por venir,
como escaleras listas para el naufragio!
¡La isla puesta en las nubes,
como un esclavo dispuesto al sacrificio!
Y las cavernas
tan llenas de invierno
se nos escurren entre los dedos.
Como el día en que cayó el Imperio.
Como el día en que se quedó dormido el Señor.

Estoy recargado un poco en la querella.
La nieve es negra y sabe a cenizas.

A PUNTO DE...

Sueña
mientras imagino el día en que ganaremos la insigne batalla de la muerte.
Sueña
mientras colecto los rescoldos de la serpiente.
Sueña
mientras mi aliento siga en tus dedos.
Sueña
mientras aún esté aquí, a punto de...

DEICIDIO

La idea del Imperio:
Una gran patria con un gran vientre
que sólo aviente prostitutas geniales
y amarillas. Generales de genitales
gigantescos y fusiles desconectados.

Asesinos del Señor —Hombres
que sigan el rastro de sangre
de los invasores.

Hermanos.

El payaso se ha despintado.

Los estúpidos
bajo la sombra del rostro
asimilan la caída.

El payaso.

LIZZIE

Vuelve: ¿Alguna vez te preguntaste si tus anhelos son perversos o inconexos?... Tu padre es muy sexi... el patriarca... la pequeña cachonda que se ve en el espejo del incesto. Su nombre es "INCESTO"... "SUCESO"... dura cinco años... a veces... más. Es demasiado feo para que lo veas y te relajes... te ves viejo... te desconozco... "NO PUEDO RECORDARTE"...

ahora...

tu padre ha preguntado por ti.

Te amo...

putita de ojos azules.

Ella tiene sueños con su padre...

Amo la sombra... el color de los años... el azote de la furia... las arrugas de tu edad... escupirte el ombligo... amo el precio de salir de ti... y entrar al olvido... dibujarte de terror... dibujarte con mi hacha.

¿Dónde termina el color de los infiernos? ¿Dónde tomaré mi arma delicada? ¿Acabaré la leyenda de lo eterno? ¿Acabaré por llamarme criminal? ¿Amaré como se ama al olvido? ¿Amaré olvidando? ¿Abby dejará de mirar con miedo? ¿Todo en sus ojos será resurrección? ¿Todo en su sangre mi recuerdo?

Lizzie... la serpiente era sutil... y su tentación de libertad. "Cuando niña, era febril... cuando niña, era animal... y al encenderme tocaba mi cosita... vagina de niña... al dormir tenía sueños... cuando hablaba destilaba mi veneno... cuando odiaba, odiaba a mi mamita... cuando era niña imaginaba... hundirme en la venganza... cuando era niña esperaba el tiempo de hacer polvo a mis ancestros... de hacer viejos sus anhelos... de hacer caldo de sus huesos."

¿Ser el diablo, ser Dios encabronado, ser la virgen con máscara cabaretera, ser un ángel asesino en serie? ¿Ser el mundo con zapatos de ante azul?

"Corría tan duro que no veía... amaba tan duro que no sentía... mataba tan duro que me creí muy mala... crecía tan duro que no crecía." Lizzie... el '92 mentía... y su ansia de verte enferma. "Cuando niña les miraba morir... y el futuro me dijo DALES LA MUERTE".

MUERTE A PAPI, MUERTE A MAMI...

Un poco del infierno en mi sangre, mami.

Un poco del incesto en mi cama, papi.

Y dar una dulce muerte, una rápida, al opresor.

He salido de la tierra en que brota la sangre, para entrar al reino del sueño; despiértame, si es que llegamos antes de que brote el sol.

Tengo miedo.

Me he dado cuenta.

PROMESA

Todo el apoyo que otorgamos a los corazones descarnados. Todas las sonrisas. Toda la independencia que regalamos al dolor. Todas nuestras venas. Nuestras heridas, todas supurantes y amargas en la niebla. Todas las blasfemias y las mentiras que cuelgan adornando nuestros labios chimuelos. Todas nuestras esclavitudes... todo será sombra en el infierno.

Todas las quiméricas ecuaciones, toda la gente, todo el continuo subir y bajar, todo el cáncer y las esperanzas cuajadas, todas nuestras armas endebles, nuestros disparos y rechazos, todos nuestros contraataques, nuestras estrategias, todo nuestro sabor a alquimia, todos los reyes y los gobiernos, todas las ciudades infestadas de horrores tatuados en el medio día, todos los esquemas de asesinato, los esbozos de lágrima, todos los actos conjugados, todo el aspecto feliz de nuestras camas, todas las sombras azules de los escalones... todo será humedad en el infierno.

Todas las violaciones pederastas, los payasos pervertidos, los padres asesinos, las familias enfermas, la sociedades pornográficas, las religiones tristes, los temores de la infancia, las canciones del racista, las escamas del violador, los rincones de la adolescente, la presencia de los héroes, los sueños sucios del sacerdote, la libido del verdugo, los crímenes del juez, el cansancio de los dioses, el aburrimiento del ladrillo, los manjares del universo, las escaleras de mamá, toda la inocencia del criminal culpable... todo será mi infierno en el infierno.

Todas mis víctimas... conmigo en el infierno.

MIRAR LA ESTRUCTURA

He intentado ver rostros en la calle; reconocer a los hombres, reconocer los carros rodando en el hastío. He intentado sonreír ante la visita de la erección, y acoger limpiamente la llegada del orgasmo. Intento ser feliz y verme sumido en mi delirio... como el cuello sumido de una tortuga...
pero todo lo que veo es muerte. Mis ojos son la muerte. Muerte en aparadores iluminados por la lluvia, en callejones donde se intercambian los disfraces traficantes y policías; muerte en los senos de mi amante y en la cara de mi madre. Todo es la muerte.
Intento caminar derecho, como digno hijo condenado de Adán y Eva, y tener brillo en los ojos; tener todo lo propio de mi condición de humano. Intento ser la K.G.B. Pero me estorba la estructura, como una guadaña impuesta a la Gran Madre Fría; me he percatado de la estructura, como un niño se percata de la teta de su matrona. Estructura sosteniendo interminable al universo. El infinito, el ser que no termina, entero, sobre una estructura apoyado, como la escena sostiene a los actores; actores encerrados, perdidos, infectos. ¿Cómo pretender ser uno, sustantivo, ínfimamente humano, si me he dado cuenta?
Mirar la estructura, mirarla como se mira con espanto el reino de los muertos...

ORACIÓN EN EL MURO

Sangre en la prisión, sangre en la pasión, sangre en la enferma y libre protesta de los muertos.
Sangre en la cabecita mentirosa de Jesús.
Sangre en el cuerpo de tu madre
aplastada por tu padre.
Sangre en la bendición.
Dios bendiga a los homosexuales.
Dios bendiga el alambre de púas.

PIEDAD

Estalla la luz
el sentimiento
presentimiento
de la angustia.
Estoy solo
y hasta ahora
me percato.
La antigua sensación
de libertad
se desliza
por mis mejillas
hasta
mis pies.
No existe.
Todo momento
es breve
frío
como el cuerpo
de la ausencia.
Hace un año
que no hablo de muerte.
Si tuviera un puñal
con tu rostro
entre las manos,
se lo enterraría
al mundo.
La hazaña
el prodigio
de existir en el espacio inexistente

me pierde.
Hasta aquí
hasta este extremo
aberrante
a caído mi persecución.
He perdido el rastro
pero sé que existe el rastro
y las señales dejadas
a través del océano
hasta la antigua cuna del absurdo.
Salir.
Como un perro
de paseo.
Cadena.
Y un palo para ser azotado.
No tengas piedad
con el enemigo.
Golpéalo hasta que ya no pueda
pedir clemencia.
Ámalo.
Protégelo.

Sepulcro.

Me posee la peste.

OBSCENOS

Libertad para mi sexo
el antagonista de la muerte.
Libertad para el hijo ausente
y el padre inconexo.
Delirio para el rito.
Sepulcro para Dios.
Hemos nacido perversos
y creceremos obscenos.

SENDA

He encontrado
la senda.
Un punto de luz
que se desvanece
en la nada.
Sin ver la nada
es imposible comprender
el precio.
El tintineo
de un día abrupto.
Toda razón
está hecha
de nada.

DIOS

Dios es un vértigo inexistente
e inequívoco en su naturaleza
intimidante.
Dios se ha convertido
en el yugo que carga
el pueblo;
el ser humano desprovisto
de humanidad;
el ciego que se niega la oportunidad
de ver.
Dios es el valuarte
de las masas, de la agonía de los cientos
de miles.
Dios se ha metamorfoseado
en el anhelo de la negación
del ego.
Dios sólo puede funcionar
como un asesino
de la individualidad.
Dios nos habla
como un pastor a sus ovejas.
Dios es Marx.

ARTE DE LA PIEL

Gozo por permanecer intacto.
El amante de la huella perecedera
está complacido.
La herida sangra con arte
inexorable.
La epidermis y su marca
se despiden con sangre de
la pureza.
De la limpieza infantil.
Ajeno al frenesí con que trabaja
el cuchillo.
La piel atrapa el confín
de la trascendencia.
La abundancia del árbol
de los hechos
acusa con violencia
la frescura del trabajo.
De los quehaceres del
sacerdote.
De la mordacidad del tacto
que desaparece.
Hermoso es el fin violento
de la ignorancia.
El dolor se revela con
vehemencia,
imponiendo su sello
indeleble.
La enfermedad, de súbito,
es la sensatez.

PENÚLTIMO ACTO

Los últimos estertores de un dolor
intenso y destructivo.
La mujer de mirar felino, ambigua
y creciente como luna invernal.
Todo es seco en la confusión
que me gobierna; en la vaciedad
del espacio que me envuelve.
Las palabras surgen dudosas al ser
descrita la imagen del cementerio.
Me levanto y expreso intensamente
para que no se diluya el dolor
antes de tiempo.
El ritmo se desplaza
antes de tiempo;
trabajosamente.
En la angustia
del tornado,
del granizo que
cae junto al fuego.
Agonía que no repara en latitudes.
La última llamarada de arte
habrá de confundirse con nosotros.
Una lluvia cae dolorosamente
sobre los años oscuros, incompletos.
Me veo obligado a portar
soportar
una alegoría de lo que soy.
Mi orgullo es saber caer
como un profesional.

Como un principiante talentoso
del escapismo.
Ya no soy un niño junto al fuego
de mi madre.
El Dios que me eligió hereje
se ha levantado
en mi contra.
Revolución divina.
Se me obliga a reparar las culpas
de mis enemigos.
Y no puedo negarme.
Ya no soy un espía
de la soberanía
de mi padre.
Serlo en este segundo
sería un ultimátum.
Un penúltimo acto de amor.
Y ya no hay amor que soporte
mi peso de gigante.
Mis brazos marcados
que han creído
en sus propias fantasías.
Ya nadie soportaría
mi renacer.

MI COLOR LO ES TODO

Soy la esclavitud nívea
de la piel.
Soy el objeto predestinado
al juicio.
Juzguen lo necesario.
Me siento objeto en cuanto asomo
a la sobriedad de la noche.
Al intraducible clamor de
lidia.
El animal humano que sojuzga
a sus hermanos
seré yo.
La locura
liebre en el estío
desvía la encarnada gentileza
de nuestras igualdades.
Se desbocan nuestras acciones
perdiendo su entorno en un segundo.
Se pegan a la goma de la nostalgia
por el exceso.
¿Quién, cuando yo muera,
heredará mi sexo?
No soy la duda sino la certeza.
Íncubo que circula la mano
que se tiende piadosa.

No soy la muerte, sino la vida consumada.
La fabulosa media vuelta.
Mi color es el universo.

ÚLTIMO ACTO

He decidido tomar
el mundo entre mis dientes
y vengarme.
Ya nunca seré libre.
Ya nunca escaparé
a mis quebrantos.
Desde el oscuro rincón
que me será otorgado
me burlaré de Dios.
Liberaré mi espíritu
de la opresión de este cuerpo
que le impide ser la nada.
Soy la última noche de David.
Soy la batalla en que caerá
el gigante ignoto que me aplasta.
Adiós tierra, te amé.
Me entrego a ti.

PARPADEO DEL SUICIDA

Cuando muera
y me hundas en la tierra,
pon un pedazo de algo
que diga
que fui el peor.
Que fui amigo de Dios.
Que fui circular
ámbar del estío.
Que caminé hasta
que me sangraron
las rodillas.
Las espinas de la
corona.
Que hurté el espacio
que correspondía a
JESÚS.
Que jamás me perdí
el espectáculo temprano
DE LA MUERTE.

ELIPSE

A Rockdrigo.

Un infantil resuello
vive asustado.
Mi patria se ha olvidado.
El frío de las heridas
ha pasado
a segundo término.
La agria angustia del derrumbe
sube como una lánguida apatía
espiritual.
ANTIESPÍRITU que congela
la muerte al final del estío.
Los teléfonos murieron,
¿recuerdas?;
fríos vivían los cordones
del ombligo de la tierra
asesina.
Nos incomunicamos.
Y el mundo reía su suave amargura.

Su angustiosa misa.
Ceremonia de la tragedia.

El quebranto de sabernos
muertos.
Ahogados en la alta
marea
de asfalto.
En la tormenta de ciudad

zozobró el barco.
La soledad de saberte
aplastado.
Aplastado por la inercia
inerte
del terremoto.

Murió el poeta.

Aplastado por la elipse
de la tierra.
Por el volcán callado
que se agita bajo
tus pies.
El misterio del dedo
del universo
que cae con fuerza
sobre ti.

Murió el poeta.

Por la alta dosis
de sobresalto.

Murió el poeta.

¿Recuerdas edificio
que tu peso fue
mi sepulcro?
Recuerdas mundo que tu peso
fue mi peso al estallar la guerra;
la tierra contra la tierra?

Mi patria ha olvidado el día
de la resurrección de Lázaro.
El bálsamo del nuevo día.

El amanecer de la erupción.

El demonio tierra que nos
declara la guerra
en principio perdida.
¡No hay batalla que vea nacer
el conflicto!

No hay libertad que otorgar
a la esclavitud.

No en este infierno lívido
del desengaño.
De la sangre empapada
de tierra.

La tierra consumada.

El último recurso.

El heterodoxo
un viñedo
infértil.
Un brote de sangre
de una herida
sin facsímil;
una herida perdida

de Dios,
inequívoca.

Heterodoxo
como el mundo
de tus sueños.

¿Mueres, compañero?

Ya sabes que el oscilar
de tu vientre
es la puerta ignota
de este existir.

¿Buscas la puerta?

Pide a Dios que llueva
la víspera.

Pide a Dios
que arrulle
al mundo
con el canto
de la muerte.

La libertad del asesino.

Libera la cadena pulcra
que nos ha
apresado.

¡Murió el poeta!

No rías tu risa libertaria
ante el suicidio de la urbe.

Murió el poeta.

Y en la lánguida cicatriz
que nos deja
su río de sangre
hemos de ver
toda la levedad que
nos construye.

SOMBRAS QUE REVERDECEN

En el amanecer
del bajo vientre
que bajo su violencia
se aniquila.
Mi presencia explota
en sus diez mil colores.
Como un símbolo de paz.
Muy lejano al espíritu.
Madre está añeja
vestida de quinceañera.
Acosada por su naturaleza
prostituta.
La víctima empaca sus cenicientas
pertenencias.
Ya nada volverá
a estar de pie.
¿Me exploras con el puño,
con tu caricia de infortunio?
Dame una buena razón
para no matarte.
Somos la huella de un hombre
perforado,
de un hombre acobardado.
No somos sino la cuarta parte
de la sonrisa de un niño.

Y las ventanas se abren, y partimos hacia el cielo de azulejos reverdecidos por la caída del Dios desnudo. Partimos en dos el libro de la bomba, la historia de los poetas fríos que nos ahogan en el deshielo, que nos fríen en el aceite del caleidoscopio. Cierro los ojos y aún estás como paleta estatuaria, como una perrita acabada posando para París.

LAMÉNTALO.

Si tu vida no es más que la fosforescencia de la mía. Eres el símbolo del no inverso. Fosa de crótalo.

La muerte
me espera,
señor Eiffel.
La furia me acaba, me enciende, me frustra.

HE AQUÍ:

La prostituta masturbándose furiosa con el perro del caballero, con el dragón del caballero.
El caballero es un homosexual
también reverdecido.
Los frutos se le elevan
de madurez.
La tortura de mi sexo,
deberías saberlo,
es la languidez
del ser acabado.

CUANDO ME TOCA

La mesa está puesta.
Las millas que me separan
de ti
y de cualquiera.
La libación de mi sexo
está muerta.
Al momento
pienso
en ti
y en cualquiera.
Y si se apaga suavemente
la noche
del encierro
que se agita en tu cama
y la agónica
visión del abandono
nada sabrás
de ti
o de cualquiera;
nada, porque nada
imaginas
en tus noches de vigilia
de años venideros.
Si llega aquí la incertidumbre
y en un momento nos libramos
de la quietud y la nostalgia
será nostalgia la que nos arrumbe
en nuestros decires de combate.
Calla,

si nunca hablaste el infinito.
Si nunca deslizaste tu manto
para separarme del frío.
Niego que tú me tocaste
que tú te negaste
    para nada
    en la negación de un cualquiera.
Es la muerte la que corre huyendo
de tus labios y en la náusea negociando
un poquito de vómito destruyendo
el infinito esperpéntico del océano;
cavando tumbas para náufragos
y construyendo náufragos para las
    tumbas.
Hombres que fabrican bálsamo para Dios
y Dios que viene para ser embalsamado.
Madre...
de todos los engaños
éste hoy entre tus labios
es el más dulce y el más lejano
y lejano se ha hecho tu reclamo.
    Ven a mí, hijo,
    muere junto a mí.
    Que si yo no veo
    de nada te sirve
    a ti ya ver.
Te amo.
Mas no vengas a mí por eso.

VIGILANCIA

Esta mañana es lenta;
lento camino que nos acerca
a la frontera.
Satán, hecho de la sangre
de la militancia violenta,
de creer que hay revolución
en nuestra revolución de
treinta años, nos acusa
abruptamente de nuestro olvido.
¿Qué olvidamos?
¿Que nunca abandonamos
el peligro?
¿Que éramos carne propicia
para el espanto del captor?
Lucha
y perpetúa
nuestra muerte.
La caída injusta
de mi hermano y su fusil.
Que si mañana esperas mi regreso,
mañana estaré ahí contigo.
No voltearé a verte,
nunca me esconderé de tu mirada.
Viviré en ti como el día en que
tu mirada adolorida me vio nacer.
Y capturaremos en nuestra fiebre
mil y una ciudades de abandono,
y moriremos juntos de esa hambre
que en tus labios ganara la respuesta.

Espérame. Siénteme
en el momento en que dispares;
que el amanecer de la visión
ya no está tan lejos.
¿Cuántos seis y ocho estaremos esperando?
¿Cuántos saciarán nuestro deseo de escándalo?
¿Cuánta sangre abonaremos
para la cosecha de la democracia?
Nada pasa,
hermano;
nada pasa
sin un hombre
sin un hambre
sin un nombre
y sin un segundo de arrogancia.
Aquí perdidos, sin comida para no morir de perpetuidad, para no caer sin fauces entrenadas, aquí perdidos nos pudriremos.
Tú y yo y quien se deje.
Si nuestras siluetas negras
no ennegrecen las salidas
parecerá que la putita
sólo salió de compras
y no a matar la agria dictadura de los hombres justos.
Párate en un pie
y písalos con fuerza.
Extiende tu mano
que es de dioses mendigar la muerte.

HUÉRFANO

Uno de estos enemigos
ha salido de ti
para mí.
En silencio
un auto para
allá en la puerta
y espera.
La mujer se levanta
y espera.
La puerta se abre
y al no quedar ya más,
espera.
Cosas nuevas vendrán.
Un auto más
callará ante ti
y resurgirá la estridencia.
Un televisor
cama
y mujer vestida
joyas y miserias
padres y madres
un huérfano
para mi instinto
clarividencia
marihuanas eternas.
Entra hasta aquí,
deja que te vean
mis ojos que nacieron
sólo para verte a ti.

Una salida clara
que brota de tus labios.
“¡HASTA AQUÍ!”
Calla.
“¡HASTA AQUÍ!”
Nunca has distinguido
mis partes atractivas.
Un par de orejas
constructivas.
Un calcetín
una mordida en el pastel.
Mi cero
mi nada
mi perro
que ladra
mi cuello
collar de cuentas
mis jinetes
ya no
rayan
sus caballos.
En un abismo
no podemos ya
hablar de amor.
Qué pequeño.

CALLE PARCIAL

I

“Salimos de aquel placer
y en un escape
se nos fue el decir
los decires
de las cosas
de las arenas
de las arenosas voces
del antaño despostillado.”

Él, un anciano deforme,
ha cantado el antirritmo.
¿Cuál fue la pose para
el fotoinstante?
El encuadre
de una esquina fulgurante
un anuncio de medio
kilo
un venir de medio siglo.
No eres tan viejo
eres un poco
concreto.
Marx me enseñó
a amar.
Sin duda amo.
El fotoantiquísimo.
No es un misterio
la hora del loco.
Son las seis en un día
de otoño y de árboles desnudos.

No hay identificación de silencio
en un cuarto egocéntrico de tortura.
Suena un grito:
sin pensar espero.
En un fierro candente
la agonía se transforma
en la rúbrica del héroe.
¿Cuál es la diferencia?
Tienes
Tengo
No sé qué tanto tengo.
“Salimos, era de día
era un día duro
de concreto
de felices desconciertos
y de estampa.
Un cielo de postal
que nos cubría.
¡Soy feliz!”
Él, un anciano de sonrisa
anciana,
de velo anciano,
camina sin huella abandonada,
sin una canita al aire.
¿Qué tanto me desgasta la sonrisa?
Mi prostituta de cartón reciclado
hija del vampiro
pared de hotel que oscila
me dejó un abismo de rojo carmesí.
Éramos el reptil del otoño
que se eternizaba.
Aquí

Allá
Ignoro la postura del allá.
Marx me enseñó a odiar
sin duda odio.
“Salimos tan sólo
para entrar otra vez.”

II

Para cuando amaneció en abril
un año en espera del pánico
se había cumplido con precisa
acción de ámbares y de rubíes.

Estallaron las revueltas selváticas
y descontentos patriarcas se alzaron
y apátridas mujeres desahogadas
se fundieron en el color de la guerra.

Y sin nombre de fiebre nos dejaron,
huérfanos de padre y de momento,
casi vacíos de la llaga del costado.
¡Cómo cambiamos por aquel entonces!

No reconocí a mi hermano ya...
lo confundía con cien soldados muertos,
caídos en la infundada cercanía del cambio.
¡Cuán distinto le encontré en la ternura!

Ya no habrá más cristal para la muerte;
y en ese último esfuerzo nos encontraremos,
en el ocaso de las tierras estériles y caídas;

en los azufres de Satán triunfante.

Ha caído la Roma invencible.

III

Una casa
sobre las casas.
El fotógrafo del cielo
sobre el cielo.
Un odio
sobre el odio.
Una espera
sobre la conquista de la espera.

IV

Me has hablado de tu recuerdo
de la hoguera en un valle siniestro
de cómo la carrera fue perdiendo su contorno.

Me has dicho que llenaste latitudes
y que se te hizo cansino el tiempo,
para a tiempo atraparte en el cuento que se repite.

Muchos años se transformaron en tu mano,
se te fueron perplejos en encontrar la dulzura acuosa
de una cosa y el venir de otra.

Nuestros amigos se dividieron
nunca nos dieron la oportunidad hermosa...
el privilegio de treparlos al violento aventón

que de tanto ir se fue yendo
de tanto parar se quedó tieso
de tanto callar la página se volvió el silencio.

Pero ya no es nuestra sangre aquí
la que subirá el volumen de esa roca
que se diluye para hablar de vida.

Cuánto cambió el tiempo, se volteó
en contra nuestra y en vejez se fue
y ya no vino a la hora del reencuentro.

Creo que eres un buen hombre.
Creo que eres una calle que de pisadas
y arrabales se volvió parcial.

Creo que eres una calle destruida.

V

Calles y latir de corazones. Una coraza en el cementerio y tiempo en el camino del tiempo. Mi amigo es el guerrillero de una guerrilla en miniatura. Es el callo de un experto diminuto. Calles y latir de prostitutas. Somos la esquina en un round que se disputa en las esquinas. Somos el sudor de un sexo peludo y agredido, herido en esa herida que el taladro no cierra. El pistón entra y sale, pero nunca abandona. Corren los juguitos pasteurizados de un mediodía de arrebato. El hotel de tlalpan sube a la categoría de catedral. La catedral donde se inventan el placer y la ceguera. Viva está la viva, y de vida se le escapa la sangrita.
Hay una puta que sueña con los Campos Elíseos en una lluvia que durará hasta que se les corte la circulación a los crucificados.

VI

Me has dibujado al patrón encabronado,

a un caballero de ironía, coraza y armadura.
¡Y se me fue el caballo hasta perderlo!

Tres han sido las señales del señor
y de la doncella que sueña a Nosferatu.
¡Se me fue la sangre que me chupó el vampiro!

“Salí de noche a buscar un brazo
fuerte de hombre fuerte de familia fuerte;
me salí a buscar un buen bastón.

Me fui a buscar un gran varón
que de cabellos largos y sonrisa
se le pudiera adivinar intelectual.

Siento decirlo pero no eras tú
ni tu amigo el viejo y arrugado vidente;
no era el inteligente pedazo de azufre.

No era el olor del Diablo a media noche,
no era un coche apagado en un oscuro,
no era nada y no era todo; era un viajero inesperado.”

Éramos un viajero inesperado.

LO QUE MIRA LA SIRENA

El camarote de un barco universal.
Cada estrella
una marca
en el infinito.
En el mar
anquilosado
y enjoyado.
Una estrella es un rubí en el cielo.
Una muerte
un apagarse
un morir.

5 VERSOS POLÍTICOS

I — ELECCIÓN

Cópula de extraños cuerpos que palpitan,
la realidad sonora, apagada en silencio,
ya se agita en el camino de una multitud
que grita en el tono gris del esperpento.

El hombre de disfraz decente
y de decencia plateada enfermo,
promete a sus aliados un pedazo
de terreno en los confines de su infierno.

Ya viene el día del cuchillo alargado,
en el que caerá la voluntad del pueblo
en la caja de tesoros, en el estrado;
el mosaico que lleva el ladrón al cuello.

Pero no olvides que en los sures lejanos
existe un fuego de fragua siempre negado,
y la apatía del cielo caerá con fuerza

y ese ruido nos recordará la empresa
libertaria de otros hombres magnicidas
que caerá vencida ante el singular pecado.

Nunca olvides que tienes que elegir
entre la muerte tuya o la de tu súbdito;
no olvides que las piastras, bocas flojas,
pueden atacarte y olvidar de súbito.

II — PODER

La pasión de un instante de poderes
sobrenaturales y de espuma y agua;
es el viento huraño que se agita
recorriendo en suave viaje el contorno de las armas.

Poder, suave oleaje que al acercar aleja,
que al compadecer en ocasión tardía
y al mecer la cuna de un pueblo y su vieja
esperanza, le convierte en ubre de mujer impía.

Gobierno, ¿qué amas?, ¿acaso la medida
en que todos creen, o el veneno derramado
en tu discurso, o el cambio o la perdida
brillantez de un enemigo al que tu vileza ha desarmado?

III

Tu pie
en mi rostro
testimonio
de que hubo guerra.

Esa hiel
en tan hermoso
y victorioso
ataúd de madera.

Eres fiel
al trono,
— calamitoso
siervo que en tu mano muera.

Me tienes
como a otros
con el impulso
de silencios y de penas.

IV — ¿QUIÉN?

El verbo divino, el camino esperanzador
de las prostitutas en grandes salones
que de arrebato son silenciador
de muertes y de gobiernos pobres;

He aquí que el verbo fue pisoteado
de tan dioses que hizo a sus predilectos,
y en la fiesta del regocijo y el amado
el amor no fue sino juego de imperfectos.

¿Qué tan grande soy?, pregunta el rey,
y le contestan eres torre y sustento,
eres Dios entre dioses y eres sabio.

Pero si el magnánimo se compara al buey,
no tiene un centímetro de su talento
para arrancarle a la tierra un cambio.

V — GUSANOS Y SU JUSTICIA

Un hombre abre sus manos con tiento
y ofrece justicia a un pobre y a un débil
que lacerados por el fétido viento
viven su vida plana, triste, campo estéril.
La mujer violada, su grito en la espesura,
esa lucha de perros contra un sistema
que el crimen inmediato trata con mesura
y deja al malo libre y a la mujer enferma,

se rebela con fuerza y llegado el momento
corre como liebre, como fuego, como diamante,
y se opone a que al crimen se le llame monumento
y honores crueles se le cuelguen al instante.
Pero se estrella con el muro de excremento:
el juez, el detective y el carcelero fugaz
se rien y beben hasta que el desaliento
de la víctima se torna olvido mordaz.
Y cuando ya no cabe aquí el cimiento
para un nuevo aparato de demencia
estalla en los pasillos suave movimiento
que hace alarde de mil estudios y de ciencia.
Y se construye un renovado sentimiento
de imparcial sabiduría y de gozo;
ya saben las larvas y su ejército violento
que sólo hay justicia para el hombre poderoso.

PAÍS Y DRAGÓN

“Primero, un estandarte
para la batalla;
no importa si victoriosa
o deshonra ruin
se torna.”

En la mezcla
de razas primigenias
se funda una tierra
o un territorio.
Nulos esfuerzos
por interferir primero
en los afanes
de lo divino,
de lo real,
del cuentagotas
para el paraíso.
Mueren las raíces
de aquella tierra
que se aferra
al sutil estado
de virginidad.
Un patio trasero,
sobre la belleza explosiva
del cementerio,
descansa.
Derrota
y sangre
prometiste.
Se crean
ejércitos para ti.
Todo o nada.
¿Prefieres
morir aquí
por un país
que desconoces?
Por un país
que desprecias
por su sangre
despreciable?
Tienes una gotera
y una pistola
imberbe
para defenderte.

Una versión gloriosa del cañón de siete piezas, fundido en hierro de hombres, de muchachos y niños que deshonras en un campo cuyo sol es más que una tortura. Tu nombre será Bagdad, polvo y vísceras, y caerás bajo el peso de aviones que derriban un poco del polvo acumulado por el paso del desierto. Tu nombre será Sarajevo, carroña de viejos buitres, y se verterán sobre ti las heridas supurantes del teatro pacifista tridimensional y te amenazarán con perder tu derecho a la

violencia autodeterminante, tu derecho a partirte el hocico con tu hermano en el espejo. Tu nombre será Cuba, paredón e isla de fiesta y hermosuras, y detendrán tus barcos cargados de sustento para que se te pongan las gordas flacas, y las barbas se te tornen canas. Todo será negro, pasado y presente, el futuro es la gloria y la deshonra, y tu nombre será Vietnam, carnicería y napalm, agente naranja, bombas atómicas, y tus enanos patriotas verán cómo les llueven vidrios rotos y sifilíticos guerreros dispuestos a combatir tus divisiones. ¿Quién rayos mató a los hermanos Kennedy?, pregunta Mick Jagger. ¿Quién?

Y cuando ya no haya
más soldados
y generales huecos
que defiendan
la “libertad”
para el oprobio
y la cuenta vencida,
vendrán tiempos
de mareas calmas
y banderas lacónicas,
harapos en un palo,
y extralimitaciones
callejeras.
Sin vergüenza
se te acabará
la lozanía
del tiempo.
Como un animal
nacerá tu hijo
desnudo
y tieso,
amargo
y seco.
Cinco veces serás
capturada
en las estrellas.
Y dormirá el dragón,
y dormir
lo dejaré
en mi cama.
Hasta que mi sueño
arroje un grito
y me despierte.
Y seré dragón
de siete voces
y ya no más
David
a quien arrancan
sin que él lo sepa
el flujo de la vida anciana.

Viviré con el animal; con el país que de tanta saliva en el discurso se volvió fuego, lava, y que de tanto fuego, lava, se tornó Dragón. Será muchas veces sabio y muchas otras teórico del asesinato. Será tantas veces derrotado y tantas veces saldrá victorioso. Sin victoria no habrá rapiña ni hurto. A las capitales del lozano mundo arribarán cadáveres incólumes que saquearán a los hombres y

mujeres sabios. Ya no habrá sabiduría. La habrá ladrona, siempre meditada, nunca en compromiso.

Hubo una vez
hombres valientes,
contarán los viejos,
que combatían
al dragón
con armas
de punta
diamantina.

Mas hoy,
dirán los jóvenes,
ya no hay caso
para tal guerra,
ni ocasión
ni motivo
ni esperanza.
Somos felices.

EL BESO DE LA SERPIENTE

Férvido, el paso del amante
por el lecho del anciano.
Dice: “He podido muchas veces
arrancarte piel e intestinos

Y en destinos fulgurantes
he podido matarte sin remedio.”
Pero es la serpiente de bondad
llena y de lúgubre piedad es dueña

En noches de vigilia y de ensueño.
Es bella de una forma nueva
y extrañas se hacen sus escamas

Y en tientos y consideraciones yace
pues es Cancerbero para cuidar la muerte
de ese cuerpo que siempre ajeno se nos pierde.

El nuestro, siempre el nuestro.

PRECIO

De Frigia, el alquimista
Midas, el doloroso,
transformaba todo
en Oro.
Y ya no podía haber
semejante horror
sino el de los placeres que se alejaban
orgullosos de su aberrante precio.

EL ESPEJO

Poema pálido para una persona de adentro que compra armas.

Suena un disparo
como un llamado
de huestes que preparan
la última revuelta.

Suena un disparo
que cruza mil caminos
para llegar aquí.

Suena un disparo
y un muerto, en cristales
rotos, tiende su manto
y espera el horror.

Suena un disparo
que cruza mil desiertos
para llegar aquí.

Suena un disparo.
David, el más pequeño,
el niño que juega a morir
estando lejos de su teta,

Ha desafiado reglas
y juramentos, y se ha
adueñado del arma
que la muerte usará en su victoria.

Suena un disparo
que cruza mil confianzas
para llegar aquí.

Suena un disparo.
Me dicen que estoy solo,
que la soledad eterna
es la enfermedad

que en cama he de ver
cómo avanza, hasta que nada
sea diferente de nada
y yo muera, en silencio.

Suena un disparo
que rompe un espejo.
“He sido testigo
de amores y prostitutas.

Soy la estrella última.

He visto la ruin cavidad
del mundo, y he visto
guerras estallando, siempre,
como el mundo, siempre.

He sido hombre de palabra
y de mentiras he sido
forjador y maestro.
He amado en frío

Mujeres frías e inventados

sueños. Y si yo hoy
con la venda en los ojos
me voy:

¡Cuánto perderás, mundo!
Un gran pedazo de mierda
se volverá oscuro, y ya no sabrás
de mí y de mis ocios en tu noche.

Se te apagarán las fétidas
genuflexiones del payaso
y los cabezazos a la pared
extrañarás en año nuevo.

Soy la estrella última
y el último salivazo,
el último regazo
de madre que te queda.

Soy David, y tengo miedo.”

AFORISMOS DE DOS CENTÍMETROS.

1

Trato de descubrirme en este cuerpo y en esta mente, en mis actitudes y violencias, no como una entidad cósmica sino como un cosmos independiente e infinito.

2

Si quieres ver lo que ven mis ojos, tendrás que sacármelos y ver con ellos.

3

No soy el único de nosotros, pero soy probablemente el único que se percata de su propia existencia.

4

Soy Dios, porque puedo crear el mundo y porque puedo destruirlo.

5

El miedo delimita la existencia.

6

Estoy aprendiendo a tener consciencia de la muerte que aún no se presenta como momento.
Siento mi futura muerte.

7

A lo que nunca pasa le llamamos lo inevitable.
A lo que pasa, cuando nos espanta, le llamamos nuestro pasado.

8

La vida es la experiencia más frustrante que tiene que pasar el hombre moderno.

9

Un día, el anfibio intentó caminar el agua y nadar la tierra. Y lo llamaron Jesucristo.

10

Nunca pidas días de sol. Hoy en día, si lo haces, te llamaran subversivo. Vive conforme con este reino nebuloso.

11

La iglesia —ese monstruoso y efímero palacio— no cree en la pasión. Jesús no padeció: no tenía, aparentemente, nunca, deseos de nada. Jesús no sufría erecciones y nunca tuvo ganas de suicidarse. ¿O sí?

12

La noche está llena
de
jugos

Extraños.

13

La poesía no es más
que una palabra cautiva
en una botella; liberada.
Pide
un deseo.

14

El varón sabe amar.
La mujer
ama saber.

15

El cuerpo humano es una máquina perfecta acostumbrada a la imperfección.

16

Escribir libros es como ir a cagar:
Es una operación básicamente desagradable, pero encierra en sí misma la sensación de la liberación y de la misma libertad.

17

La única carencia de la literatura: la falta de imágenes que puedan encerrarse en una categoría pragmática. Lo tangible que es visual. Visión sensual.
El alquimista del lenguaje cuenta con el inmenso poder de la substitución. Evocación. Hablar de sombras para invocar la luz. Hablar del diablo para evocar a Dios.
La literatura rompe con cualquier doctrina de la imagen. Se pensó que el cine acabaría con los libros; el papel, en suntuosa e inesperada metamorfosis, se convirtió en la pantalla donde se proyectan los sueños entintados del lector, que atestigua para sí mismo la magia de las sílabas, los fonemas y la sintaxis. Lejos del concepto de espectador. El lector es el gran recreador.
Pocos cineastas saben alejarse de la literatura. Pocos filmes pueden presumir de historias acomodadas a su lenguaje; incluso, muchos filmes carecen de ese lenguaje. La literatura podría acabar con el cine, dijo Tarkovsky.
Las imágenes de la literatura existen sólo por unos segundos. Placer y Ceguera. Efímeros demonios.

18

En este circo en el que vivo, prefiero ser el payaso a ser el que barre las mierdas de los elefantes.

19

Todos los esclavos tienen un defecto común: ignoran su esclavitud y están seguros de la esclavitud de los demás.

HASTA ENTRE LLAMAS ARDIENTES

a Sylvia Plath.

I

Delirio de diez de Febrero.
Llamas y llamas, eres tú misma
caballo desbocado, y nadie,
ese eterno nadie, responde.

Hay que enviar postales,
escribir, testimoniar ese algo
que sube y baja, ese terrible
y amargo sentimiento

de que todo está perdido,
de que ya no hay voz
ni voto en esta última llamarada
que será de libertad provocadora.

¿Amas? ¿Es acaso ese ínfimo
rincón de cementerio, ese último
exilio, lo que de honores te llena
tantos años después, tantos?

II

Baja, entre el ruido del festín,
una voz, la de la mujer doliente,
la más hermosa, la diamantina
joven de cabellos de arena,
y murmura: “tú, pequeño, que dices
de mil amores para mí ser dueño,

tienes para hoy una cita, el misterio,
la calle vacía, el amparo.
Ven, que de tu voz inmadura
y mi grito avejentado y bofo
forjaremos la más grande verbena
de pasiones y terrores.
Ven a entregarme esa alma temeraria
que has dicho que desde el nacimiento
es mía, y no me niegues el momento
de verte nacer y crecer en mí.
Ya no soy estéril, escucha bien
cómo los ríos de la vida cruzan
gritando mi empapado vientre
y te esperan, para que me ames,
esos ojos que no dudas en alabar.
Aquí estaré, ésta es mi noche,
ven, que espero con ansia
tu ropa indigente y tu perfume.”

“Ya no soy cementerio y abandono.
Soy yo, la misma, Ven, aquí estaré.”

Yo estoy ebrio de espanto
pero prometo acudir, y allá
voy, al único rincón del mundo
en el que semejante amor pudo caer vencido.

Y ella me murmura, en su voz
que es siempre indescifrable:
“No otorgues terreno al miedo
que yo, en este polvo ancestro

Y en este pedazo de marea,
loca y muerta como estoy,
amigo mío, también con ardor
de viva y niña, te amo.

Ya no habrá miedo aquí,
en este segundo; los muertos
somos hijos del amor eterno
y el amor eterno nunca traicionamos.”

III

Surge Lázaro del sepulcro. Las cuencas vacías; tiene el aspecto de una calavera. Cuando se vacía esa nada, esa ausencia, y el líquido que una vez le hubo bautizado se derrama, veo que es Ella. Sonríe, y su voz es el viento. Parece que mi aliento es ahora pálido, y declaro con vehemencia que he llegado a la hora exacta del arribo, ni antes ni después. Es Ella; se siente en el acento del oráculo que aúlla ante la presencia inquietante de esa muerta asfixiada.

Amé, en ese único segundo de reencuentro y reconciliación. Amé, y grité en todos los idiomas ese amor que por única vez sentía. Me vi en la visión extraordinaria y bajé en rápido sinsentido hacia sus pies y bebí su pus y su desengaño. Yo, dúctil poeta, comí el último dedo que quedaba a la sabiduría. Los demás, algún día, los comió Ella. Así, en el cementerio, nos vimos hasta que la vista se tornó de piedra y, como esculturas alegóricas, quedamos ahí, inertes, cavilando un lado del pensamiento que ambos desconocíamos: la adoración y el jade del desenfreno.

En algún lugar, alrededor nuestro, muertos los muertos dormían.

IV

“Cómo el placer se quiebra
y en pedazos cristalinos
de ofensa y estertores
ya nunca sirve.

Cómo el matrimonio puro,

aquel de amor y promesas,
se me hizo estéril y cayó
a un pozo en el olvido.

Cómo todo se me hizo furia
y dolor; en dolor amanecía
fría y con la pregunta
a flor de incertidumbre.

Escúchame amigo, da fe
a este horror que hoy
sin dudarlo te confieso;
no dejes que me pierda.

Veme hoy aquí, sombra
entre planicies, sombra
entre sombras, y trata
de recordar de mi belleza
un instante.

Recuérdame gloriosa,
recuérdame Diosa y visitante,
no permitas que la humillante
vida niegue que estuve, y que vestí".

Así, en un cielo que apenas
entre espinas y cruces amanecía,
me habló, ella, la del beso,
la de la lujuria en huesos,

La muerta demoníaca, la noble caída,
en ese tono que hablan los dioses

y los hombres que plectro padecieron;
esa cruz triunfal, bestial, de momento.

Y ahí, en aquel momento de despertar,
en ese día que agrio surgía,
nos hicimos el amor, el dolor,
en el lenguaje nuevo de Satán.

“Dámelo todo, destrúyeme
para que algún día, como éste
que se ampara aún entre las sombras,
surja virgen mi recuerdo.

No rechaces mi cadáver
que en el pútrido recuento
de las ruinas dejadas por gusanos
hombres, aún es hermoso

Y plañidero aún se muestra,
conservando el nítido rubor
que me dejó el espanto
y el sabor de las alquimias.

Surge, oh joven atrevido;
surge como mi amante,
como amor siempre adolescente
que restituya, y amedrente;

Nunca dirijas tu mirar al nunca
que destruye ojos y mirares;
constrúyeme un minarete,
uno sólo, uno que me guarde...

¡Para ti!, en la hermosura,
en mi voz arrebatada
de locura y desasosiego;
en mi íntimo hablar de calma.

Dibuja la grafía de la sangre,
ese último signo, esa terminal,
el estigma del recién nacido
que me duerme, me hiere.

Entonces serás amor, y así,
parco y lastimero, niño mío,
serás otro, transformarás
en viento lo que roca se veía ayer;

Y ya no habrá compromiso
suficiente ni cambio posible;
habrá brillo en tus mejillas
y muerte y yerba en mi tumba.”

Dicho esto y ocurrido el clímax,
ella se fue, sombra de estatua, sol
desvanecido en las montañas,
y yo atestigüé el sutil abandono

De su ser y de ese tiempo, segundos,
minutos que en rebaño huían,
como una procesión de muertos,
como sal que va suicida hacia el mar;
ese mar quimérico, dragón

Que de sal hace risa, látigo
y vértigo en la solidez férrea
del acento, del lamento,
del instante suyo y mío.

V

¿Hasta dónde, Satán, hasta dónde?

VI

¿Femineidad
has dicho? No es un reto.
Es más bien un campo ecléctico
que de todo lo pérfido se nutre
para formar frases inconclusas
y amores, seducción, maternal
encanto que te cubre, te encierra,
te ahoga en mil nubes, mil trenzas
y cópulas por servicio; sólo por servicio.

¿Femineidad
quieres decir? No es costoso
sino una ofensa de dinero y fe,
sangre mensual, un sutil abono
a la deuda con Natura.
Y es que acaso nunca terminaré
de pagar este don de dar vida
que no recuerdo en qué tienda
infame se me ocurrió comprar.

¿Femineidad
acaso escucho? No es grande,

ni siquiera diferente; es resignación
para ir de compras, para soportar
hombres viles, desde un padre
para mí, hasta uno para mis hijos;
Al final siempre se te van, siempre,
con la cola entre las patas, perros
que se cansaron pronto de roer el hueso.

¿Femineidad
creo entender? No es el camino
para sobrevivir el mundo; no alcanza
como sendero, pues de esto ya hay
tan poco, tan poco; sólo queda
padecer, por uno de sus lados,
el más oscuro, el más terrible y ruin,
o dominar, el más sabio, el mejor,
pero también el que más fría te deja.

¿Femineidad?
¿Adónde se imaginó todo ese embrollo?
¿Femineidad?
¿Quién es ese Dios Hombre que me necesita bella?
¿Femineidad?
¿Qué es eso, vamos, qué es eso?

VII

La invalidez me ciega.
Un círculo, como la corona de un santo.
Pierdo una pierna; pierdo otra.
No puedo caminar.

La isla es demasiado grande;
un continente, un demente país
dividido; suena una amenaza;
yo ya no estaré aquí.

He perdido, dicen:
casa, vida, hijos, una serpiente.
He abandonado, dicen, la gente,
la carencia, el sol arriba y el abandono mismo.

Una síncopa; arritmia.
Abre el horno, quizá a punto
ya esté el pastelillo, la sepultura
y el caramelo para endulzarme el cabello.

¡Abre ya los ojos!
Abre que está lista ahora
la maravillosa visión del cielo, un médico
para atestiguar, y lágrimas de los insectos.

El demonio, Penélope,
ha dejado ya árido el desierto,
ni una palabra ha de florecer,
ningún encantador universo de niño.

Nos espera la bella nada, afuera.
Espero nunca sepas con cuánta fuerza
amé la luz del sol, mi sombra en la calle
y la aparente fragilidad de las abejas.

Espero nunca te enteres de mi peso
ni de la soledad que mi hogar abarcaba,

es ya demasiado tarde para mí;
alguien ve la puerta y sale por ella.

Quizá sea cierto; ahí,
un Dios mandará ángeles, o muertos,
para dar la bienvenida al viajero, feliz,
y cargado de maletas y de suaves despojos.

Deja todo en la entrada,
aquí no caben ya vientres fértiles;
deja tu amistad o tu amor; un rincón,
siempre, si te animas a verlo, será suficiente.

VIII

Frío, frío; Nosferatu se acerca.
El fuego de los atardeceres nunca quema.
Frío, frío el ataúd y frío el cementerio.

El mundo me abarca, todo será negro;
¡ay, el abrazo inmundo de tantos muertos!
Frío, frío como la coraza de una rápida tortuga

que al alba saluda y en caravanas ve
ya un ser salvado, ya una salvación.
Frío, frío como el hielo aún caliente.

Frío, frío, padezco de extraña fiebre.
Manos amigas me cubren, son catedrales.
Frío; fría religión que ya no entiendo.

Frío, frío, me resquebrajo; tal intento,

mi terrible huida, es brutal y al roble asienta.
Frío, frío en la cama de la autopsia.

Frío, frío, ya no entiendo, esta pluma,
suave el arma, ya no entiendo; he aquí:
Frío; frío el asfalto y frío el lamento,

el suave tormento que aquí cobijo.
¡Grave el oleaje, grave el silencio!
Frío el sol, el calor es frío.

Frío, fría misericordia del señor; él, señor,
cuán flaquito y débil, qué imperfecto.
Frío, frío sacrificio; el todo por el todo.

Frío, frío, un pequeñísimo fuego.
Amistad sin aumento; no hay cimiento...
frío, frío; ¡cuánto frío y yo ardiendo!

IX

¿Cómo cerrar una puerta?
No la hay.
Entregarte a la muerte
ebrio de tu sangre
sería divertido.
Emular al diamante
en mil cortes fallidos
aparearnos en medio
de la muerte y hasta
cortarnos el fluido vertical
sería divertido.

Calar el peso de los huesos
que nos visten en esa noche
de terribles avances
hoy tan olvidados, calar
la sal para preservar
tibia la carne tendida al sol
                sería divertido.
Pastar nuestros corceles
en el prado de los hijos de puta
caminar en cámara lenta
silbar a Beethoven
cagarnos en el limpio mural
                del viejo Siqueiros
hacernos la puñeta en una plaza
dejando que las abuelas miren
jugar a peleas anarquistas
                ¡todo sería divertido!

X

Deseos ocultos.
Tres cartas,
enunciados diminutos.

Tres cartas.
La voz, una saliente
y el abismo disoluto...

Mientras abras
sobres y puertas;
cantos de niño corrupto

broten de las llagas
y el pastor apruebe
ángeles simples y abruptos...

Mientras salgas,
piernas abiertas,
cabello oscuro en dos minutos...

Mientras ardas
antorcha de fuego leve;
mientras caigas en color de luto.

Tres cartas,
brujas inquietas,
esperarán tu mano fría.

Tres cartas:
una viva, otra muerta,
la última suicida.

XI

Es el señor insecto padre:
un camino hacia el mar
la mar.
No es lo mismo.

Es la señora botella madre:
una sombra y un anhelo; urgencia
desierto.
¿Hay diferencia?

Es la señora diosa hija:
cielo oscuro, aviones de guerra
de paz.
Un viaje es un viaje.

Es el señor espantapájaros esposo:
montaña indiferente, camuflaje
plenitud.
¿Qué otra cosa?

Es la señora estufa sepulcro:
un Febrero encaminado, es la muerte
es la puta vida.
¿No será de vida de lo que se muere?

XII

Si los sueños pudieran contarse
te los contaría a ti.
Abres la boca.
Entra la suave consistencia;
un proyecto y el final consumado.

Nadie irá a tu despedida.
El barco partirá en el cielo azulado
y se hundirá a mitad del camino
lejos de la patria y rodeado de enemigos;
rodeado de un amor que se nutre de olvido.

Temprano, temprano, una salida,
un rasgo que predomina; raza de poetas.
Vamos a pasear. ¿Qué me dices de la muerte?

Es tan claro que hay un hilo en el cielo
para cada títere de este inmenso carnaval.

Cada hombre, cada animal,
se calla un instante para oír el burbujeo
crepitante del monóxido de mundo
que te asfixia; abren ojos y abren puertas
para ver pasar la muerte, y el último desfile.

¿Crees que aún hay algo qué decir?
Lloro por ti, llora por mí.
Si las venas pudieran ser cortadas
me las cortaría por ti.

CRIMEN DE ARGENTA

Hermana
de mi hermana.
El impulso siniestro
de robar lo que a nadie pertenece
sino a ti.
Ojos como dos
calaveras de azúcar.
El tren se desplaza suavemente
por la calle circuncidada,
llena de perras nocturnas
que diurnas se impulsan, inusuales;
brujas que me ignoran
en su embrujo.
Nadie conoce
la labor diaria del violador.
El impulso reprimido
y sublimado
de hacer pedazos a la virgen.
Doce años.
Tal vez más.
Niña, si las cuentas no me engañan.
Y yo el Demonio, ese oficio consumado.
El arma responde al impulso,
a los labios argentinos,
a las piernas de estudiante
y al sexo, rotundo sexo
ignorante aún del cambio.
Pechos que apenas caben
por el hueco de la guillotina.

Pezones platinados que apenas saben
de mis labios pervertidos, de la mordedura
y de la sangre.
Niña que apenas sabe
que en el mundo hay un hueco para el Diablo.

CARAVANAS

a José Emilio Pacheco;
por el reencuentro perpetuo
con la poesía.

I

El último centímetro era álgido. Presumiblemente fuese un intento de paradigma, o un paradigma del intento. Había cavidades que rogaban un relleno; el vacío era lúbrico... y con facilidad se le olvidaba. Las letras iban menguando su tamaño, sus longitudes. Era austero el grito; el reclamo era mínimo, pero jovial; intensamente jovial.
Nos preguntábamos:

¿HAY UN OBJETO PARA TANTAS LUCHAS?

II

Caminábamos tomados
encadenados
de la mano.
Nuestra imagen era un ramo
perfecto
de víctimas para el sacrificio.
No éramos honestos
pero algo había
con nuestros enemigos.

Nosotros éramos el enemigo.

Nos avisaron tarde del peligro
latente
de nuestro propio designio.

¡Caímos víctimas de nosotros mismos!

III

Eso era el pasado.

Hubo tiempo para el repunte.

Una nueva ofensiva.

Tiempo hubo.

IV

Ejercíamos alegremente el oficio de profetas. Nos involucrábamos con afán de virgen en nuevos proyectos. Construcciones magníficas se elucubraban en las mentes brillantes de nosotros los niños.

Nuestros alientos exhalaban las fragancias dulces del canto plañidero del demonio amor. Apasionados brillábamos como jóvenes donceles que anhelaban convertirse en sistemas. Poco a poco —nunca, en verdad, tuvimos prisa—, intercambiábamos nuestros disfraces.

¿Acaso hoy alegaremos, llenos de tristeza, que ese no era nuestro momento?

SIEMPRE es nuestro momento. SIEMPRE estaremos aquí, porque somos, sin remedio, sin huida posible, para SIEMPRE.

V

Al final de la jornada
(conste aquí que no hay jornada sin final)
contemplamos nuestra obra.

Satisfechos nos tocamos,
nos decimos lo grande del esfuerzo,
lo inmortal de la pasión.

Tendremos cuidado extremo
ante la llegada del viejo maestro;
lo invitaremos al recuento final.

Y si acaso su lujuria añeja
ve un defecto en nuestras obras
y se deleita en atacarnos

Le diremos: “anda, viejo, inténtalo;
reconstruye el día del juicio.
Veamos qué tanto sacas de las ruinas.”

VI

“Veamos, veamos. Saquemos nuestros ojos para ver de cerca la matanza, la destrucción de lo destruido. Veamos, veamos. No sea que después sea muy tarde para ver.”

PALABRAS INCONCLUSAS

A veces concluyo
que mi dedo no es lo suficiente
largo.

A veces intuyo
que mi vocación silente
no me responde.

A veces arguyo
elocuencia siempre ausente
y talentos inventados.

A veces abuso
de cabrón y de caliente
de cantor y pornográfico.

Nunca he tenido maestro
nunca he sido alumno.

¿Es este oficio de poeta
un magnífico don de Dios
o tan sólo su pinche encargo?

ELOGIO DEL DRAGÓN

I

Revolución pacífica:
Tú no sabes de imperfecciones
en tu fealdad viscosa.
No tienes tiempo de verte al espejo
y contemplar tu alma suntuosa.
Arrojando el fuego,
removiendo, noche tras noche,
tus alas diminutas
más propias de un ángel
que del demonio que eres
desde que naciste hijo del Demonio.
Tu aliento es fetidez perpetua
y perfecta en la fabricación del silencio.
Le haces sombra a la luna con tu vuelo,
le haces sombra al diablo, diletante,
que te dio la vida y el sentido.
La larga extremidad que es tu cola
corta el viento y a su paso la hierba,
tu enemiga, deja de crecer.
Atila eres del mundo de la hadas.
Asesinando príncipes —en la realidad—
y siendo su víctima en la literatura.
Violando doncellas en la calumnia,
siendo su amante secreto en las sombras
de esa noche de cuento.

II

Príncipe de la masturbación.
Dueño del tamaño infame.
Ilusoriamente representas el botón;
el clítoris inmenso de la psique.

Mil veces muerto en los cuentos
de la buena abuela de los hombres,
vives marginado del mundo
que mil noches te costó crear.

Fuiste creador del incendiario
y del terror a morir quemado;
cáustico enemigo del equilibrio
amparado en tu pretenciosa inexistencia.

Amigo de todos los creadores,
ellos proclamaron que había concluido
el tiempo de los dragones.

III

Reloj de lo inconcluso
Dinosaurio
Patrón de mil esclavos
Gobernante arquetípico
Engendro de mil cabezas
Eterno adolescente
Víctima y victimario
Perpetuo inconsolable
Habitante de las cuevas
Vampiro incorruptible

Bestia sin día del juicio
Artista destructivo
Virgen hija de Satán
Ruega por nosotros.

IV

Anónimos — incógnitos
nos arrastrábamos.
Órdenes claras
amparaban la cacería.

Rock and Roll.

Nos alimentaban bien.
Caminábamos en cuatro patas
y nos decían niños bonitos.
Éramos más animales por esos días.

Rock and Roll.

Asustados dormíamos
Temerosos — virulentos
demenciales cuentos
nos decía el monstruoso educador.

¡Yo no deseaba crecer!

Nadie te preguntó
ni te dio a elegir.
Fuiste víctima del supremo victimario.
Carne hermosa para la eterna carnicería.

Somos cadenas para un barco de guerra.
Hijos simples del gran depredador.

Aquellos eran tiempos sucios:
nos cagábamos a la primer provocación.
Madre —la suprema loba—
nos sobaba el culito incontrolable.

Nadie nació para la crianza de lagartos.
Nadie nació para este trato primitivo.

Huimos hacia las montañas
donde —se decía—
habitaban las criaturas
innobles; los malditos.

Rock and Roll.

No había costas allí,
allá nadie tenía nombre.
Todos éramos incógnitas,
todos respondíamos al nombre de Dragón.

¿Rock and Roll?

V

Pertenencias:
Dones y herencias.
Casa en ruinas.
Todo está concluido.

Mucho tiempo
arrasó tu memoria.
¿Irás allá fuera
a mirar el mundo?
Detente...
no te vayas.
No mueras hoy...
que ya no hay tiempo.
No escupas fuego
en este mundo
sin extinguidores.
¿A qué te refieres?

Extinto está
el fuego.
El tuyo
el mío.
El de la entraña
caliente de la perra
tierra que habitas.

Extinto está
el fuego.
Y San Jorge aún nos persigue.

UNROLLING STONE

Son tres horas
(y se deslizan
—¿puedes creerlo?—
por mis venas angostas
y angustiadas)
el tiempo que me toma
pequeño deslizarme
siempre efímero
y corrupto
—decir corrompido
sería pecar
de inductivo—
hacia la consciencia
de mi propio desierto:
No tengo nada
No tengo nadie.
Y es por los ojos de otro
por los que existo.
Decía el maestro
alguna vez, alguna
de tantas,
que si me cuestiono
entonces soy real y
verdadero.
¿Quién inventó eso
que otros llaman presencia?
Estar presente es
vivir con un costado herido.
Y nunca preguntar

colgados a un madero
el paradero desconocido
del padre desconocido.
Desconocido y ajeno
nací; nadie sabe nunca
a qué son es que bailan
mis talentos y mis huesos
(sería pedir demasiado).
Así que
de casa, comida y sustento
mi soledad se va nutriendo;
un niño infame
que agoniza
—¿quién no agoniza?—
en mi abrazo celoso
y eterno.
Se me acusa de egoísta.
Me han declarado culpable
de omisión.
Nunca dije mi nombre
a nadie.
Nunca abrí la puerta
a un extraño.
Nunca di limosna.
No respondí a las preguntas
del angélico río del desencanto.

Soy una piedra
que no acierta a rodar.

EL TRAJE DEL DILETANTE

a lo incierto
y los inciertos.

Jodienda.
Animales infernales
para amasar el trigo.
¿Recuerdas algún tiempo
peor que éste?
Los perros ya no confían
en su sombra.
La sombra del perro huye
temerosa de su dueño.
Hoy sentimos lástima
por nuestro hermano el crédulo...
El crucifijo al cuello
es garantía de carnicero.
Confié, confieso,
en mi amiga la serpiente...
        infeliz traidora
        me hizo perder el paraíso.
Aún existe
el ventanal vano de la gloria.
MI SALVADOR ES MI CONDENA.
MI CONDENA ES MI SALVACIÓN.
Regresamos al inicio
como si la vida fuera
el anillo interminable
del furioso cazador.
Del Dilettante
de la muerte.

Aficionado irrespetuoso.

Satán,
tú, dulcísimo padre,
condénanos
a vivir calientes en este infierno.

PALABRA DE HOMBRE

a Mary Shelley
y a su engendro.

Volver a la vida desde un paraje monstruoso. El cuerpo hasta ayer inerte se levanta, se eleva, se reivindica. Las cuencas de los ojos escurren gusanos, y los labios articulan tumefactos silabeos plagados de pus. Dicen: pagar el precio, pagar el precio. El dolor de reencontrarse con el mundo. Fue demasiado, dijo él. Y corrió veinte kilómetros, o dos mil metros, o su equivalente en años. Vio cómo nacían soles y sistemas. Vio a Dios, gritó en mil idiomas, pero el creador nunca posó sus ojos amados en él. Dios no entendió los idiomas. O él no los habló. Cansado, tan profundamente cansado, reposó adormecido por el arrullo de las bombas, los movimientos maníacos de los hombres sus hermanos, y el arrullo del mar que cavilaba repleto de barcos hundidos. Y el arrullo del Dios mismo, que roncaba serenamente su indiferencia por la boca de un volcán. Su cabello serpenteaba y se alimentaba de los insectos de la tierra. Creció, patética criatura, y el dolor creció.

La soledad del monstruo es incomprensible para otro monstruo. El circo violento perdió a sus payasos deformes de risa. Se han creado ciudades para que las bestias rellenen sus habitáculos y se regocijen en su lujuria asesina, en su lujo asfixiante. Mueren en su vida común de enfermos, en el frío que todos comparten. La soledad no estaba en el contrato, y están tan solos.

Así que ¿podría pedirle al Dios que lo destruya? ¿Tendría derecho la sucia bestia a ese único y último consuelo? No; Dios no escucha idiomas, menos el sordo idioma del suicida. Dios no entiende palabra de hombre. Hombre y bestia ladró como los perros, pero los perros huían. Entre creadores no se habla el idioma de los cerdos, esos creadores de su propia cama de mierdosa destrucción. ¿Cómo pedirle entonces a Dios que te destruya?

Triste calavera, cadáver en andanzas de vivo, cavador de la propia tumba y sepulturero de sí mismo, enterró su cuerpo en el horizonte interminable de la tierra. Inmenso cementerio. La tierra y sus gusanos hambrientos y acariciantes fueron más piadosos que Dios. La tierra y sus gusanos hablan todos los idiomas.

Comunicación de urgencias sublimes y subterráneas. El interminable y viscoso beso de la guadaña que, en la muerte, es embrujo e instrumento subrayado.

ATESTIGUAR EL FUEGO

Asesino de traje oscuro
brillas como un cúmulo de estrellas
que cae al agua y se evapora.
Brillas como la ceguera de un diamante.

Aquí y hoy, todo está en su sitio.
Aquí y hoy, el silencio será consumado.
Ámbar en el pelo, seductora caída,
y un rescate en el sexo de mujer.

La muerte existe
para atestiguar el fuego.

ABAJO

a Clem.

Se mueve, plácido;
intacto el descubrimiento.
Conoce a una dama extranjera
y la ama, y la conoce.
Hija radiante e inocente
del marqués de Sade.
Dice que amar
es difícil y siniestro.
Las vías del subterráneo
surgen eternas y pálidas
De algún rincón cercano
al cielo... el cielo

Parece averiguar tanto
al escuchar las palabras:
Sinvergüenza — pechera
de cobalto, alto el silencio
De los malhechores...
comen y comen; perplejos;
No saben que en el oscuro
paraje, bajo las calles,
Bajo la ciudad, se lleva
a cabo un festín.

Aléjate, rana verde.
Aléjate, cariñoso perro.
Es el fuego lo que te enciende.
Es el fuego lo que te arde

Al terminar la apertura ocular.
Es la sombra del árbol
Lo que dices conocer.
Desconoces lo demás.

Las niñas saltan
en la calle.
Sus uniformes
se arrugan.
Son viejos y se miran
ajados y llenos
Siempre llenos
de terror.

Salta la grasa
de un guisado asesino.
No es el acto de comer
sangre lo que ahuyenta
Al padre de los soldados:
es el hecho de que su sucia sangre
Es la sazón en el caldero.

Tienes miedo.
Tienes miedo:
Y, sin embargo, cuando el mundo
Enmudezca, iremos
Abajo.

ANONIMATO PARA MÍ

Una mujer protege a sus hijos,
los mete a la estufa, los cocina.
Es tan bella y grande como una estatua;
es suave patria y como patria sabe condenar.
El hombre en la ventana no puede ver
qué tan próximo está el suelo,
qué tan sangriento está el cielo
ni que tan necio es su afán de caer.
Los malos han inventado el paraíso,
simple compromiso;
es blanco el billete, brillantes ojos verdes;
un hombre malo y su capucha y el ombligo de la luna... tal vez.

La mágica química, bendito cimiento
de una mente tan sombría.
Esa capacidad enmascarada:
poder ser todos y ninguno.
Nadie sabe lo que causa el estallido:
una voz, una pregunta insípida,
una tierra virgen, la ramera veterana,
un pobre hermano criminal.

No importa si lo niegas: alguien tomó el cuchillo
para rebanar el pescuezo de quinientos años;
se asusta el latifundio, se asusta el presidente:
un joven viejo impaciente tiene un poco
de anonimato para mí.

¿Quién abarcará con sus manos el lamento del esclavo?

¿Quién abonará los lánguidos verdores de la selva?
Quién blanqueará la oscuridad de nuestras pieles
para que seamos pálidos y dignos de justicia?
¿Quién va a perdonarnos? ¿Quién a pedir perdón?
¿Quién tendrá mar suficiente en los ojos
para salvar en su oleaje a todos estos náufragos?

El mártir podría sonreír
mientras le ponen la soga al cuello;
incluso en la asfixia es gracioso
ver qué tan cobarde es el ejecutor.
Un guerrillero podría ser Jesucristo
si le diera de comer parábolas a sus enemigos,
si tuviera trescientas cruces en la mano
y una de esas fuera para su pasión.
Un guerrillero podría llorar como Jesucristo:
y el espíritu santo
de algún títere de la feria gobernante
estaría dispuesto a pagar un dólar por su voz.

La tierra está dispuesta: alguien te espera,
alguien siembra y cosecha tu eterno dolor.
Eso que temes es lo que yo te doy:
un indio no tan obvio tiene un poco
de anonimato para mí.

ESTEREOFONÍA

La inquietud del criminal:

He encontrado a ese hombre,
semidiós...
hermoso en el placer
del pecado.

Sus dientes cristalinos
—su piel
su hiel,
es negra;
es grasa de mestizo—
brillaron al abrir la sonrisa
de par en par y de rodillas
al verme intruso, mirándolo,
amparado en el oscuro remanso
de la espalda traicionada, lacerada,
de mi madre.

Ella ha rodado
tres escalones
apenas ayer.

Las miradas se encuentran,
la bruma de algo imposible,
como agua hirviendo de sangre
y de temor a Dios, se apoderan de mis ojos.
Me niego a ver,
como si sirviera de algo.
Desconozco el rostro
toda la vida conocido.
Es hermoso al principio,
se desliza al amparo del quehacer

febril de mil desconocidos
—más aún que desconocidos:
testigos de una miseria
que parecía tan lejana—
que abren sus cuadernos
y apuntan sus desmanes,
sus traiciones.
El recuento es mísero.
Tan ínfimo como el
temor aglutinado.
¡Qué pequeño se miraba!:
Un cabello rubio
de tan sólo dos cajitas
de tinte venéreo...
paso de tortuga
corriendo junto a liebre.
¡Envuelve, envuelve viento,
alborota este cuento recurrente;
de las especies el sustento!
Se esconde...
ahora por aquí, tal vez allá.
Pero es tan claro
a través del miedo
a la verdad.
Pero es tan vulgar
en un hombre casi siempre
tan apuesto.
Es exacto lo que pensaba:
¡jode, jode, jode, como cualquiera!
¡Como cualquiera se traiciona,
como cualquiera se desboca,
como cualquiera se apasiona,

como cualquiera se tropieza,
se le rompe el hocico,
se le para la verga,
sufre orgasmos,
se avienta pedos,
le salen lágrimas;
como cualquiera, como cualquiera,
el padre de un cualquiera!
¿Cómo suponerlo, si parecía tan grande,
si de niño me atemorizaba con sus largas letanías,
si en golpes de pecho se le iba la vida y el pelo,
nunca ajeno, siempre tan ligero, se le caía,
se le acababa en vejez y en celo?
¿Cómo suponerlo, si de joven parecía tan viejo;
cómo suponerlo, si de siempre era tan supuesto?
Pero no era...
Y si se rompe el hielo,
si se te abre la tierra
en un temblor,
guarda silencio,
no traiciones la traición...
Pero no era...
Si se cae el edificio,
si te aplasta,
si te entierra...
ponle un parche a la creencia.
A tu infantil creencia.
Deja que gane la bruma
y que la espuma suba en el tarro de cerveza.
Deja que se te defina
la confianza indefinible y ahora ausente.
Deja que pase el tiempo.

Que ya será largo;
ya será largo...
Y tal vez aún puedan
enseñarte a perdonar .

¡El gigante se ha escondido
al paso del ratón!
¡El amigo del creador
teme al más pequeño,
al triste esquizofrénico que es su hijo!
Resultó ser humano
aquel que pretendía la gracia angélica.
Deja que el dolor
suene en estéreo.
Y alégrate: después de todo
eres hijo de un hombre elemental.
Vástago orgulloso de los elementos.

MI AMOR EN UN SEPULCRO

Desconcierto, mi amor es una pared
Donde se ocultan cadáveres; un osario.
Tengo brazos que no se cansan de acoger
Muertos, mujeres en frascos, hombres cenicientos.

Pero el objeto de mi deseo, ella que es cien,
Ella que es las alas de mi lujuria, ella no viene,
Y el llamado queda estéril, flotando en la ventisca;
Mi estómago se disuelve en los estertores del vómito,

Los viejos rubíes del tener motivo son expulsados
Y caen y se confunden con el fango, ese
Que llena mis habitáculos, cada centímetro inmóvil
De mi inmovilidad; estático crucificado.

He dejado de reconocer mis edificaciones.
Ya no tengo motivo para distinguir la ira de la pasión.
Me han robado todo y todos esperan de mí
Reconstrucción. Y no puedo darles sino la acción

De mi osamenta sobre el concepto amargo
De mi muerte; de esa que llevo ocupando
Años sin atreverme a hacerla mía. Soy
Al cementerio la ausencia que ella es para mí.

Soy el cáliz amargo de una redención
Que no deseo; espero la venida de un mesías
Cuya cercanía me asfixia. ¿Qué es lo que pido?
Ser la muerte y ser mi amor en un sepulcro.

TESORO

Mira mis dientes, mira su huella;
¿me reconoces? ¿No ves en mí
ese criminal que ladra todas las noches
bajo tu ventana?

Estas manos que para ti reservan
la más tierna de las caricias,
han ahorcado, bajo la luz del alba,
a cien ancianos y a un niño;

Estos pies que sólo recuerdan
el camino que media entre tu mundo
y mi prisión, han engendrado el odio
de los hombres;

Han huido en cacerías, han sido
objeto de persecución, han caído
mil veces víctimas del mismo error,
una y otra vez; un calvario para mí.

Mis ojos, que han quedado malditos
por haberte visto y cautivos, incapaces
de ver ya nada más, me pierden
en su ceguera.

Ladrón invidente, el asesino
tantos años perseguido, un perro
sin su hueso cristalino. ¿No harás
tuyos tesoros tan perfectos?

AZUL DEL MARGINADO

Si tienes un lunar amargo
donde otras tienen el botón de la humedad.
Si tienes dos centímetros
donde otros tienen ocho pulgadas.
Si tienes la cadena del fracaso
donde esperabas tener los laureles de gloria.
Si tienes a una monja
donde otros tienen a la hija de Satán bendito.
Si no te ha bajado la regla.
Si tu Dios te engaña con la vecina.

Ponte la calibre veintidós entre los dientes
y comienza a divertirte.

MAREA BAJA

En el repliegue invernal, cuando las hojas,
como estrellas, han caído ya del árbol;
cuando las cuentas del hacedor, en la noche,
ya no hablan de la embriaguez de la abundancia;

La hormiga ha hecho ya su inventario
y ha puesto sus barcos cargados en alta mar,
repletos de tesoros, de cosechas no trabajadas
por su mano, de estrías no marcadas en su vientre.

Amanece, marea baja, calma indeseable;
la inmovilidad del sepulcro del hombre criminal;
un ejército se asoma por la borda, pero haría falta
un ángel para mover un poco la culpa que los detiene.

No, no es un Dios crucificado. No hay a quién juzgar.
No, no es Adolfo Hitler encaramado en un horno
de microondas. No, no es Otelo despintando
el mural que sus pintores colorearon con la entraña de Desdémona.

El jefe de la caravana bebe un poco de valor
de las barricas de los héroes. No hay nadie;
nadie que sobre y nadie que falte, los números
han sido exactos en el conteo de los desastres.

Se dicen mil cosas en un segundo y la patria,
con su periódico infantil, se llena de significados.
Los niños corren sudando de donde sólo los impíos
sudan; los dulces se amargan y los juegos se desmienten.

Brilla la caja fuerte en la bodega del insecto;
evidentes son los resplandores hurtados en la rapiña;
el jugo de las putas empapa los ojos vigilantes
y el arma lista y los escudos en manos celestiales.

Es ya tarde, marea baja; la mortaja de algún muerto,
de cualquiera, tiene más belleza de movimientos, ligereza,
encanto y disposición para el desplazamiento urgente
que esta arca llena de animales estancada en el diluvio.

¡Que caiga el primer cuerpo, que patalee,
que el agua le llegue a la punta misma de la asfixia!
Los brazos se tensan como en una súplica...

Algo comienza a caer del cielo, como invierno,
como la tristeza de una nube que no conoce
diferencia entre su jauja y el saqueo de la tierra.

Los brazos se tensan, añorando el cielo...
Poco a poco, la cadencia silente del oleaje
cede; gran amigo, gran sonrisa de agua salada;
la ofrenda tardía del insecto y de su cuerpo inmundo

Ha agradado a esos dioses que se debatían
ofendidos. Cae una cadena desde el barco;
los brazos se tensan, quieren tocarla un poco...
la gran montaña anhelada, esa de agua, cae sobre él.

Qué importa el tiempo, marea baja; marea baja, nunca más.

VENTISCA

La mujer tiene a Cristo
en sus espaldas.
Pesa un poco, sólo un poco.
Ella cae suave, inerte,
como una bofetada;
sangran sus rodillas.
El hombre tiene a Cristo
afilado cual guadaña.
Miente un poco, sólo un poco.
Quisiera ser libre, inerte,
como una ventisca;
no sabe, iluso y pobre, que ambos son el viento.

ANGUSTIA DEL RESUCITADO

I — JESUCRISTO

Estoy parado de cabeza en el huerto, la noche
con sus antiguas cantinelas se mece al compás febril
de mi incertidumbre; esta sangre que corre por mi frente
no es sino la suma de mis carencias y de mis miedos.

Mi padre ha dicho que estoy amasado por fraguas
inmortales, que soy el hombre de acero, defensor
eterno de todas las salvaciones, que he de volar
de regreso al cielo y que mi imagen será bandera de mil naciones.

Los doce dicen que hace cientos de años hubo
videntes que cantaron mis proezas, que elogiaron
mis cabriolas y que anunciaron que cargaría gustoso
la maleta del milagro y el gozo de mi muerte infausta.

¡Oh, manos que amasan la ópera siniestra del cosmos!
¿Qué es esto, qué es sino mi cuerpo atormentado,
mis manos que sanaron mil y un enfermos ahora deshechas;
qué es esto sino la gran parodia de un mesías y su derrota?

Era esta la salvación que prometiste y que prometí por ti;
el ladrón a un lado pregunta si estoy a gusto aquí,
si es esta la posición correcta para la foto del recuerdo:
brazos abiertos, costado derramándose y linda corona de espinas.

Clamé, mil veces clamé, porque se alejara este horror de mí;
rogué, con el alma rogué, que no fuera yo el protagonista
infame de esta burla. Pero mi voz fue ignorada;

se burlaron, con lujuria se burlaron, y caí víctima de mi destino.

Cuando el velo nocturno de la muerte cayó sobre mí,
jamás sospeché que aún me esperaban amarguras
de mayores dimensiones, ni supuse que con mi sacrificio
apenas comenzaba la cuenta regresiva de la eternidad.

Estoy parado de cabeza sobre el sepulcro, la noche
gotea el sudor de veinte siglos, como mi sangre cuando
el huerto, como las espinas cuando fui coronado como un rey;
he de dormir tres días y he de recobrarme, porque sí...

... Porque aún se espera algo de mí, porque no ha sido
suficiente con lo hasta ahora otorgado para rellenar
la herida hecha a la panza reptílea y verdosa de la vida,
ni para borrar la ofensa hecha por mis hermanos a su Dios.

Ahora entiendo que soy el cordero de una pascua ofensiva;
soy el camino, soy la verdad y soy la vida; soy el guía
de un rebaño que avanza a campo traviesa, un rebaño
que ignora los caminos, que no quiere verdad y no quiere vida.

Un rebaño, grey inmensa, que me exige que resucite
en este tercer día, justo cuando el alba vuela sus campanas
con lúbrico desenfreno, justo ahora que regreso sano
del infierno, justo ahora que comenzaba a sentirme hijo de Dios.

Y, ¿para qué? ¿Para mantenerme prisionero eternamente?
¿Para hacerme cautivo de esa cruz, mi amiga y mi enemiga,
de la cual con tan paciente agonía había logrado liberarme?
¿Para qué? ¿Para crucificarme cada minuto, cada segundo?

Estoy parado de cabeza, ¡oh, sí!, de cabeza, de cabeza...
He aquí mi nueva vida, he aquí el cielo por el que ofrecí
mi sangre, mi pasión, mi canción y mis ansias de poder;
¡Oh, sí!, he aquí: volver a nacer para estar muerto con certeza.

II — LÁZARO

He sido valiente. Podría decirse que soy un héroe;
el más mítico de todos, el más envidiado de los muertos.
He sido valiente. He estado muerto, y lo he afrontado;
he estado cautivo en las fauces del dragón inmenso,
sus garras han acariciado mis cabellos y en su regazo
me he dado el lujo temerario de quedarme dormido.

Pero nadie sabe qué rayos se envidia en mi caso.
Nadie ha leído con el cuidado que requiere mi expediente.
Se dice que el más grande de los hombres se dio una vuelta
por mi sepulcro, que tomó vino llorando por mi ausencia,
que dijo que no hacía falta más que fe para moverme,
que yo no estaba muerto por el pecado de ser su amigo.

¿Quién puede contar, como yo, las dimensiones de la nada?
¿Quién puede darse el lujo amargo, como yo lo he hecho,
de tener propiedades en el mundo de los muertos;
un terreno en el infierno y un negocio en el paraíso?
¿Quién, como yo, puede hablar del descanso infinito
de estar libre de las cadenas carnavalescas de la vida?

¿Quién puede de entre ustedes decir, como yo lo hago,
que se ha paseado por las fronteras de lo indisoluble,
que ha escuchado el canto de los coros inmundos de Satán
acompañados por la orquesta diamantina del buen Dios?

¿Quién puede, como yo, hacer un balance de opciones
con conocimiento pleno de lo evaluado: la vida y la muerte?

Oh, yo puedo. Yo puedo porque un día llegó a mí
su voz, tranquila, consciente de su maldad y consciente,
infinitamente consciente, de su infinito poder.
Yo puedo porque mi mejor amigo no pudo vivir sin mí,
porque fue un egoísta, porque habiéndolo creado
no quiso darme el cielo; porque su voz gritó:

¡Lázaro, levántate y camina!... es por eso que
yo puedo... es por eso que mi piel tiene el verdoso
rubor de la vergüenza... es por eso que mi aroma
ofende a los vivos y la pus de mi sonrisa les aterra...
es por eso que me ves vagando en tierra santa,
acompañado por los muertos y por las piedras frías,

Por todo aquello que signifique muerte, por todo
aquello que me acerque a las ecuaciones de ese reposo
que me fue negado y arrebatado por ese sucio hombre
que con tal bajeza se decía, hipócrita, mi amigo.
Amigo, esta noche es tu noche, esta noche te pasaron la cuenta,
esta noche pagaste tus excesos. Amigo, querido, frente a frente

Hoy te maldigo. Hoy te devuelvo el regalo amargo
que con tal devoción ante mi muerte me otorgaste.
Aquí está tu eternidad... a mí me quedó grande,
a mí me hizo vino amargo y no festín como creíste.
Aquí está tu resucitado anhelo de ser un mesías;
Aquí está, sal por él: ¡Oh, Cristo muerto, levántate y camina!

III — VLAD

Llega a mí el murmullo del agua que se desliza por las rocas;
el sol, plagado por diminutas gotas de sangre y por gritos,
ahogados gritos de la batalla que concluye, se oculta,
con la lentitud hermosa del tiempo, detrás de las montañas.

Ya quedan pocos vestigios de mi ejército; armas y yelmos,
hogueras y monturas que pastan en la planicie ahora en calma,
los huesos de mis hombres regados en montículos pestilentes
y los restos del enemigo clavados en la victoriosa estaca

Que ahora abre páginas de glorias malhabidas, que ahora,
en un segundo que parecen miles, se regocija en la tarea
de darme nombre, a mí, el más terrible de los príncipes,
el más hermoso terrorista y el más talentoso forjador del miedo.

¿De cuántas muertes soy culpable, de cuántas guerras,
de cuántos números aterradores para la matemática
de la historia? Son sólo unos cuantos, pero parecen,
por su colorido y majestuosa perversidad, todos.

Parezco el verdugo por la fuerza de mis ojos, mi mano
izquierda se cultiva en el arte de la espada y la derecha,
con su veneno mercenario, se desliza por mi rostro adusto
en la caricia enferma del enfermo desahuciado.

Parezco malo y sólo soy una víctima de mi maldad;
desaparecieron mis enemigos para renacer caníbales,
y hambrientos de mi sangre volaron en la noche
hasta mi alcoba y me robaron hijos, esposa y corona.

Llega a mí el grito de mi dama, una entre muchas,

que blasfema en el oleaje del Riul Doamnei, herida,
cantando en el principesco vaivén de esas aguas heladas
que ostentan su nombre y su suicida majestad.

Forjé en la fragua del dragón la lujuria de mi nombre,
el pisoteado linaje de un cruzado, de un sirviente
de los siervos de Dios, y la fealdad actual de mi cerviz;
soy el creador de todos los mitos que, corpóreos, me atormentan.

Pequé, por Cristo, por su iglesia y sus horrores;
mi blasfemia fue crear el reino de los justos, un espacio
maravillado ante la dulzura del crúor y su corriente;
ruidosa corriente que avanza, día tras días, con cautela.

Fui injusto en la medida en que injusta es la justicia;
fui vencido en la medida en que la victoria es derrota...
mis colmillos no son los que ahora vez: eran mil veces más grandes,
cuando grande me llamaban los grandes e invencible los invencibles.

Llega a mí el clamor de nuevos crímenes que me invitan
al festín amargo de la maldad eterna; mi piel agusanada
se agita y mis uñas tocan el ritual tamborileo del resucitado...
pero me niego a levantarme, no moveré un centímetro,

Ni uno sólo, este cuerpo muerto y esta hambre infernal
que devora mi entraña marchita. Ganaré mi última batalla,
si es que batalla se llama esta lucha desigual entre mi alma
de guerrero y mi cuerpo y su mórbido apetito.

¡Dejen ya en paz mis talentos para la cacería,
dejen en paz mis brazos fuertes y mis ojos y mi aliento,
dejen un momento en paz mi talante de carnicero,

que ya no hay carne digna de sucumbir a mis cuchillos!

Que descansen de una vez, y para siempre, las elipses
que en las odas de infamia llenan mi camino andado,
el camino presente y el camino por venir. Que sea esta tierra
la tumba para la nodriza sangrienta que de noche me amamanta.

Pero palpita en mi pecho un corazón que no palpita;
avanza en mis venas una sangre que no es mi sangre;
muere en mí un hombre maldito que nunca muere;

Nada se abre paso en un mundo que lo era todo;
y consciente del vacío es como pierdo noche a noche,
y cada segundo después de eso es eso, y no otra cosa:

Crecen con las sombras de la noche mis colmillos, como dagas,
como joyas que al linaje le dan brillo y al asesino nombre;
¡soy yo, soy mil veces yo cuando caigo en el abrazo maligno
de los hombres, cuando navego por el mar atormentado de su pulso!

¡Soy cada gota, cada segundo, cada débil respirar!
La doncella cae con algo menos, un centavo devaluada;
el varón muere enamorado y pidiéndome parte en la orgía...
Soy cada muerte, soy buscado, me temen; soy la soledad.

Yo, príncipe de los pervertidos. Yo, el saltimbanqui.
Yo, el juglar de las desgracias. Yo, el vencedor y el vencido.
Yo de mil causas el maestro y de mil ejércitos el amo.
Yo, de mil años el viviente, en mi amada muerte sólo puedo ser
el vampiro.

MECIENDO LA CUNA

Para mi sobrino... o sobrina,
que aún no es
en su ser eterno.

Sweet child in time,
you'll see the light...
Deep Purple.

Abriendo la mano, creador gratuito
el universo
avienta al fango un diminuto intento,
cardumen para el apetito insaciable
del insaciable destructor.
No tiene fuerza suficiente para abrir
los pesados párpados;
la negrura avanza por su estómago...
el íntimo comedor de carroña,
el alma, o acaso sólo el eco premonitorio
que avisa alarmado sobre el futuro.
Sus pequeños dedos, como asustados,
acobardados,
se aferran a un pedazo de humo,
al prometido amor de aquellos extraños,
bienaventurados en su presencia.
"Abría que ser veloz", se dice con su mente
sombría;
y va corriendo en su avance estático,
perseguidor eterno del crecimiento
que hoy apenas se le insinúa.
Quisiera atrapar en sus brazos débiles

la mentira humana,
para ocultarla, para sentir vergüenza,
para no permitir que se repita en el eco
interminable de la historia...
Pisa firme en su atontado andar;
olvidó
que viene del agua, que es reptil
capaz de idioma, de intelecto sublime
y de rapiña; olvidó que basta un segundo
para dejar de ser.
Y llegado el momento se le inflama
en ardor el pecho,
se le mueven los resortes, los hilos,
de los que cuelga, hermosura perpleja,
se enredan un poco.
Inocente desea sentir de belleza
el éxtasis;
se descubre recipiente, semilla, abono
y tierra fértil para un hueco divino
que se antoja el universo.
¡Ten cuidado!, quisiera gritarle; ¡ten cuidado,
no confíes!,
¡cuidado con el sol, con la sangre en libertad,
con el asesino infinito!, ¡cuidado con tu propio ser,
que es tu peor enemigo!
¡Quisiera gritarle a través de mi sepulcro,
el deseo
me ahoga, quisiera llevarle conmigo y que con ira
me arrastrara como un fetiche metido a su rasgado
bolsillo!

Quisiera avisarle, pero no puedo.

¿Será acaso que yo estoy sabiamente muerto,
y que tan quieto y pasmoso ser, irresponsable,
apenas aprende el sabio arte de estar vivo?

LOS QUEHACERES DEL DEMONIO

Madre, he encontrado un nuevo arcano en la baraja;
las manos se agitan y un poco de semen escurre...
apenas el suficiente para iluminar la noche,
las furtivas angustias de este muerto al que anoche
aún llamabas tu hijo.

Madre, mi deseo es turbio. Mi deseo es la daga
que en una noche ya no muy lejana gozaré
enterrando en la espalda de ese Dios marica
al que arrodillada adoras con tus deseos opacos;
con tu frígida cruzada.

Madre, me bautizaste pecador. Pecaste
al pecar para hacerme tu hijo. Mi tiempo
ya no es suficiente y el tuyo se acaba.
¿Quieres ver cómo fornico en mi cama celeste,
o prefieres de mi odio la morada agreste?

Madre, puedes hacer sucio mi amor.
No te extrañe que en un día de calor
te anuncie el naufragio de mi afán de ángel
cuando lo único que esperabas era un alejamiento
de los quehaceres del demonio.

Madre, no me esperes a cenar.
Estoy cenándome a mi hermana... que es todas las mujeres.

RECONOCIMIENTO

Para C.

Yo sé bien que eres tú; sé que no es el miedo ni la fría espera; sé que no es el cigarrillo que grita humeante en mi mano, ni el trago amargo, bilis de un viejo muerto en un callejón, que parlotea en mi mano. Eres tú; eres tú en el silencio que pisotea con estridencia, eres tú en el oleaje atormentado de esta noche que no acierta a ser oscura; eres tú en la mano pura de cien hombres que empuñan su cuchillo, todos con la misma saña, todos con el mismo impulso cristalino. Arráncame la vida o dámela de nuevo; ya no tengo un centímetro de tiempo; el reloj se ha embolsado mis distancias.

Soy la sombra del palacio. Tengo espacio suficiente. He bajado el puente y le doy vencido la bienvenida a tus ejércitos. Aprendo a reconocerte entre la muchedumbre. Aprendo a ver el odio en tus ojos: ese largo telón que abre tu instinto. Devoras un poco del alimento celeste que hasta hace un instante era mi cuerpo. Soy el despojo, el cadáver, al afán forense que ve en sí mismo el cumplimiento del destino. Soy la sombra del palacio... el abatido y diáfano candor que se rinde, poco a poco, al encanto de tu desencanto.

Sé bien que eres tú. Lo sé porque no te veo, lo sé en la ignorancia de tu cuerpo, lo sé en tu ausencia, claro acento de tu presencia insinuada. El murmullo cae cuesta abajo, rebotando en las rocas que, como voces, van perpetuando en su eco tu mensaje. Me piden que confíe en tu amnistía, que nunca has condenado a un loco a morir de la lenta muerte que ver tu rostro significa. Me dicen que me amas, que has aprendido a amarme a través del vacío en mis pasillos. Tu voz es el viento recorriéndome, el viento que reconoce el hueco, el llanto que errático lo llena.

Eres tú. Conocimiento; escamas de una serpiente que me recorre con tacto terso, con arañazos de una mano a la que arrancaron las uñas, una a una, en un arranque de placer.

Eres tú. Advenimiento. Esperándote subí hasta aquí, esperándote dejé que me juzgaran, esperándote dejé que me nombraran, esperándote dejé que me vivieran. Desde mi madero en cruz te contemplo. Madre, he ahí a tu hijo. Hijo, he ahí tu orfandad. Anda solo; que sólo llevarás a tu madre cautiva en tu sombra... has sido invitado a los festines fértiles del desierto.

Yo sé bien que eres tú. Pero no me sirve. Todo estaba calculado para que tú fueras yo. Para que me suplantaras.

Estábamos pensados para odiarnos en nuestro mutuo encierro, no para amarnos en nuestro reconocimiento... me ahogas con tu lejanía; sobrevivo apenas al tenerte cerca.

Por eso sé bien que eres tú. Eres mi asfixia; el perro que ladra al reconocer a la muerte; amante que busca en la noche un pequeño grano de lucidez. La misma siempre, inevitable, ofrecida, puta, la muy puta. Eres tú.

He abierto, has ganado. No sé quién eres; pero sé bien que eres tú.

CLAMOR DE GUERRA

Virginal deseo de encuentro:

La entrepierna agitada en sudores previos a la Guerra.

Babea un poco; el abrupto, inesperado choque,

pierna contra pierna, jugo contra jugo, mar contra las rocas.

Virginal copa del vino amargo del orgasmo.

Termina, vacía y violada, la catarata de la culpa.

Regresan los combatientes, y lloran a los muertos.

Muerta está la virgen, y prometió estar viva.

COMPARTIDA AGONÍA

Hemos caído, mujer de barro, en los carcomidos
esponsales de la rutina,
en la vieja danza de los motivos, que se encuentran
para no encontrarse.
Toma una daga y arráncate los pechos;
amamantemos el hecho, nuestra alargada
y compartida agonía... el lento morir
de los años.
El lento lecho que se marchita.

SALIDA

Carmín encuentras...
huellas en la piel que atestiguan
el suave desliz de tus noches,
de tu paseo por lugares comunes,
por el vaivén del amor acentuado
por la burda cercanía de los cuerpos.
    Huele a semen el relleno
    flácido de la almohada:
    Ayer permitiste que el diablo
    y sus ejércitos avergonzados
    eyacularan en tu boca.
Perlado quedó tu cabello...
un poco del precio impagable
y ofensivo de la muerte.
Frugal encanto de la lujuria:
el ácido, el ungüento, el alimento
amargo para el rebaño de los marginados.
    Las víctimas corretean
    enardecidas a los verdugos:
    Tom persigue a Jerry
    para dejar que el tiempo
    permita a Jerry perseguir a Tom.
En el absurdo platinado de las cosas,
en la antesala del significado,
ayer tu voz me preguntaba:
¿He de permitir una salida?
¿He de permitir que la brillante herida
cicatrice alejándome del significado?
    Es el dolor el significado:

significante en su encanto destructivo...
significativo en su desencuentro,
en su interrogante mirada
que pregunta mirante y testigo:
"¿Hasta cuándo?"
Tu cuello huele a sexo, al tuyo,
al de tu amante que, generoso,
te regala en su aliento
la huella infame del paso de su lengua;
guerrero avance del placer intacto;
la beligerancia última de lo húmedo.
Abre Dios con sus dedos
el ano del mundo.
Destruye con su verga
infinita el infinito avance
del hombre que lo desafía.
Creí en el recurso de construir el mundo.
Creí en enviarnos mensajes en clave,
en desnudar nuestros tristes espíritus
para negociar nuestra muerte, la pequeña
muerte del enemigo vencido de antemano.
Creí en nosotros porque pude oler nuestra llaga del costado.
Ya no puedo llamarte traidor.
Antes te creía capaz...
Hoy sé que no tienes ni la mitad
del espacio requerido para convertirte
en el Judas que bese mi mejilla.
Antes hubiera dado la vida por ti...
la vida por descubrir el significado total
de nuestra comunal presencia en el mundo.
Hoy sé que, en tu embeleso barato,
nunca has estado con nosotros, nunca

nos has mirado, nunca respiraste junto a nuestro aliento.

Te agitabas al agitarse
nuestro corazón; te animabas
al animarse nuestro encanto.
Pero nuestros signos, los motivos,
no fueron en ti sino ecos apagados
en la roca de la indolencia marchita.

Bésame, generación, bésame;
dame lengua, ensaliva mi desespero.
Déjame ver cómo te pierdes, cómo te haces vieja...
déjame verte muerta como muerta
quieren verte tus enemigos pertrechados.
Bésame, oh muerta, oh vencida.

Bésame, y déjame encontrar
rastros de tu carmín en mi desprecio.

CANCIÓN DE LOS MOTIVOS

¿Qué es lo que te hace morir?
El suave engaño de estar vivo;
tal vez la caída suave de la carne
sobre la carne que suave la recibe.

¿Qué es lo que llora en tu llanto?
El equilibrado torrente del engaño;
el saberte robado, llagado,
crucificado en un equilibrio que no tienes.

¿Qué es lo que respira cuando respiras?
La paciencia, la elocuencia,
tal vez el don de mil palabras
que por violentas, hoy lo sé, me impacientan.

¿Qué es lo que te hace morir?
Es la muerte... saberte,
entre rejas, muerto; entre vivos,
muerto; entre muertos, el único
que es la muerte.

MASCARADA

¿Crees que hago mal?
Estoy cierto al pensar
que piensas que estoy equivocado.
Dejas caer lluvia sobre tu mascarada;
sobre el infinito carnaval en el que vendes
tu alma por tres centavos...
Te la compro... la necesito...
Voy a hacerme un caldo...
voy a restituirme.

VIDA PARA SIEMPRE

El pobre retoño que, huérfano,
reposa en el suave desierto:
el vientre de su madre.

El pobre y moribundo esfuerzo,
la vendimia estéril de la poesía:
un poco de muerte en los frascos,

En las reservas malditas de la muerte.
¡Quién pudiera saciarse hasta el final!
¡Quién pudiera embriagarse de ese encanto!

El pobre león que agita su melena:
rugientes estertores que pretenden
de Natura un asustado respiro.

El pobre y catatónico lamento
de la serpiente y su reptante augurio:
el mercurial ejército de los condenados.

Es esto astucia, es esto recurso,
es esta la verruga en la perfecta
y amada nariz de Dios.

El pobre brote de la sabiduría,
que con amor y paciente tortura
al alba augura vida para siempre.

BESTIARIO DE MUERTOS

I — EDIE, CALLEJERA DE NUEVA YORK. (1943 - 1971)

No sé cómo lo hacía. Fuego
que ella sacudía por doquier...
Ella se quebró
como una niña.
Se sofocó
como una niña.
Patti Smith / Edie Sedgwick.

Oh, pequeña y dulce habladora de azúcar;
traficante de sueños paradisíacos;
pequeña reina de Warhol...
un ángel con las alas rotas.
The Cult / Edie (Ciao, baby).

Clara como un dragón volando a medio día;
clara, blanca, definidos los áridos contornos;
clara como una paloma en medio de un sepelio;
clara, desierta, elegante en su humeante desplazamiento;

Ella mueve sus pestañas, largos postizos,
regalo de hada y encanto del diablo;
pone un guante sobre sus manos pequeñas;
pequeñas sobrevivientes de incendios que ellas mismas provocaron.

Sus ojos quisieran ser testigos, pero acuden,
casi siempre, al llamado de los acusados.
Quisiera no ver tantos dones, facturas de los dones,
deudas sangrientas de mil dones que ella desconoce.

Clara, mueve las manos y aparecen las visiones;
¡cuán claras y relucientes las quimeras!
Ella mueve las manos y cesa la espera:
ya está la desventura, perlada, sentada a la mesa.

Clara, mueve un dedo, se pinta la uña;
mujer se hace de espuma, y de espuma,
desafiante, se subraya; es la única,
la única y definitiva ella, y lo sabe.

Ella enjuaga el encanto en el río de niebla;
el ácido recorre sus autopistas y le pide ride;
ella sabe que basta un piquete en el culo
para poner en marcha el mundo y ser hermosa.

Clara, luminosa, tiene en el corazón clavada
la tumba de su padre, sistemático violador
que podía ser Dios y engaño, hermoso tirano,
hermano en belleza y enfermedad terminal.

Clara como una estrella, se deja retratar;
aún puede verse sonriendo en blanco y negro,
en el film porno del pintor cabeza de palmera,
en el alma de ramera de un mundo que pedía revolución.

Oh, claro que ella era una espía disfrazada;
era el F.B.I. en plan cachondo y tetón;
era el milagro del silicón y un adiós a la isla
que duró cien años y, en pantalla, cuarenta minutos.

Ella tenía el fade out de su belleza maldita
en un puñado de Tuinal y en otro de anfetas;

ella tenía las recetas para alargar los segundos,
las medidas exactas para esquivar las caricias.

Ella hablaba odio y veía que todos la amaban;
tenía la psique en el coño y el ego en el espejo;
ella podía hablarte durante horas de las horas;
explicarte en un día el significado y el rumbo de los días.

Ella se ahoga en el arroyo del lecho nupcial;
es la asfixia de saberte diosa encarnada,
múltiple ángel respirando en un sólo intento
el cielo y la tierra; es ella que se ahoga por no poder ser otra.

Clara como una parábola erótica de Jesús;
Clara perdedora que las tiene ganadas de antemano;
clara como una puta bailando en un convento;
clara, se distingue de los otros por el claro de su aliento.

Clara como un relámpago que choca contra el suelo;
ella lo tiene todo y posee sin dudarlo el tiempo;
pone a marchar su reloj, instantáneo elogio;
se ríe, y le toma veintiocho años quedarse fría.

II — JIMBO, EL JOVEN LEÓN. (1943 - 1971)

... La única gente que me interesa es la que está loca, la gente que está loca por vivir, loca por hablar, loca por salvarse, con ganas de todo al mismo tiempo, la gente que nunca bosteza ni habla de lugares comunes, sino que arde, arde como fabulosos cohetes amarillos explotando igual que arañas entre las estrellas y entonces se ve estallar una luz azul y todo el mundo suelta un "¡Ahhh!"

Jack Kerouac / On the Road.

Estamos asomados

en la orilla del aburrimiento.
Estamos buscando la muerte
en el final de una vela.
Estamos intentando algo
que ya nos ha encontrado.
James Douglas Morrison / An American Prayer.

¿Abrió los brazos intentando abarcar el mundo:
respiro de una bestia que tiene el culo puesto
en las medidas cósmicas de un túnel quebradizo?
Te busca el gobierno de los indefensos;
esos pequeños hijos de la mueca rutinaria.
Carga la cruz y da una vuelta por el sucio
Los Ángeles, cabellos oscuros, sonrisa hueca
en el cartel que te vende sobre el strip.
Una puta con la cuenta del psicólogo escurriéndole.
Tiene en un frasco la cara gangrenosa y verde
de Mick Jagger, melena pertrechada en el muro
del templo Zen, el poli me busca en la niebla;
¿qué poli? Todos los polis subidos a patrullas
jaladas por los niños uniformados para la escuela.
El cuero de tus pantos es muy sexi, niño...
El cuero de tu alma apenas te alcanza, diminuto,
para joder la cosa y convertirte en tu leyenda.
¡Tienes semen escapando por los labios vaginales
de tu hombría! ¡Tienes arlequín por alma, reptíleo
el alimento, indio el mirar iracundo, el fecundo respirar!
Tienes la chequera repleta de las rock stars;
inviertes, inviertes, la luna es tu terreno, propietario
infecto y pálido del dulce infierno.
Hoyuelos en las mejillas barbadas de Rimbaud.
El sol se derrama a tus pies, te invita a la guerra;

generales, almirantes, el rey se dice tu padre
y no quiere, nunca, coronarte rey. La ceremonia
comenzó y se niega a terminar; quieren ponerte
en la tumba el nombre del siglo y las fechas
exactas del ardid del mercenario.
Feligreses que se escurren por los caminos de tu color:
negro, blanco, sonriente como sonriente en el affiche.

¿Abrió los brazos, vaya, realmente inmensos los abrió,
o fue sólo el engaño de un triste demonio que,
patético, no encuentra la salida del cuerpo terreno
que terreno lo encierra en el terreno intento de ser él mismo?
Brillantes razonamientos de arsénico te amparan.
¡Qué brillante tu caída, qué brillante tu ansia
drogadicta, qué brillante la salida histérica
de tu alma que, apolillada y vieja, se niega
tercamente a ser Dionisos! Brillantes y pequeñas
escaramuzas que divierten al jovencito maricón.
Aún no termina la guerra, aún no cesan las notas
del desafinado violín judío de tu pasado.
Años cantan febriles en el intento de David.
Aún no termina la guerra, aún nuestras manos esperan,
inquietas y pintadas, que te saques la verga
y nos eches una meada, que nos jodas
en el desierto, que nos prometas ir con nosotros,
darle nombre a nuestro ejército y guiarnos
por el pringoso sendero que lleva directo hasta tu muerte.
Pelo en pecho de una ramera complaciente
que tiene el anuncio inmenso que dice rock and roll.
La auténtica fornicada de un payaso.
La adúltera intención de no salvarnos.
Kerouac pide ride contigo en un retrete.

Los ancianos te la meten y a ti parece gustarte.
Años dicen que te aman mientras te dictan
la poesía amarillenta de un rincón mortuorio de París.
París eres tú dejando que Jimi Hendrix se venga
en tu triste boca, en las huellas dejadas por el mundo.

¿Abrió los brazos junto a Balzac, le tocó
los testículos alargados a Chopin, se acostó
con Sara Bernhardt y le ofreció sodomías americanas?
Tal vez; no olvides que era un niño muy brillante.
Pudo haber vendido el Mojo, dejarlo crecer sepulcral.
Pudo hacerse un arete en la nariz, otro en el ombligo.
Tal vez; no olvides que era un niño muy brillante.

III — JANIS, BRUJA ADICTA. (1943 - 1970)

Si una mujer tiene virtudes varoniles,
hay que largarse; y, si no tiene virtudes
varoniles, ella misma se larga.
Friedrich Nietzsche / Más allá del bien y del mal.

El hecho de suprimirse es el más estimable
de los hechos: casi da derecho a vivir.
Friedrich Nietzsche / El crepúsculo de los ídolos.

Vena hinchada en el amanecer resacoso y nítido;
el responso plañidero del LSD que tiene en su nombre
a Dios, a los apóstoles, a los mártires agónicos,
las visiones beatíficas del traficante y del mercadeo:
esa impudicia que da nombre y fortuna al nuevo renacimiento.

La fea mujer blanca tiene voz de negra tasajeada;
voz de matrona de senos grandes con huellas violentas

en el rostro, el paso del marido ebrio por su mundo;
voz de esclava color de nube y de tormenta, voz de azules
intentos por sacar la tristeza con una triste voz azul.

Intenta volar absurda, y no puede; absurda se lamenta.
Intenta nadar el rojo mariguano en la pupila, el verde
opiáceo de sus caderas, el anfetamínico rubor
que en sus mejillas enciende el recuerdo del exceso.
No puede, no puede. Estéril se lamenta; y recuerda el cosmos.

La garganta se abre como un telón que se desgarra;
el baile se suscita como único camino hacia el encantamiento;
cimiento recatado de la lujuria, aquel sudor alargado
se escurre por entre su ajado disfraz de adivinadora.
La nariz le brilla, y ella se hermosea entumecida.

Ella no tiene un espejo al cual preguntarle.
Ella no tiene enemigas para perseguir y divertirse.
Ella no tiene asilo, ni sombra, ni fortuna;
no tiene cuna y su madre nunca tuvo un vientre.
Ella no tiene más que su desamparo, y una banqueta.

Quisiera ser una ramera y en escena esquinea cual ramera.
Parece que olvidó el conjuro; parece que el conjuro es ella.
Manos alargadas, cargadas de anillos que anuncian la muerte
con pequeñas calaveras, despeinan un peinado inexistente.
¡Es la bruja!, se gritan los niños que la miran, embrujados.

No es una huérfana de Memphis; no es una rosa de Hollywood.
Huérfana va buscando a su ebrio padre el blues.
Rosa va dejando que le poden con violencia los jardines...
dosis tras dosis, verbo tras verbo, mortaja tras mortaja.

Y la húmeda tumba se humedece de sus lágrimas.

Vena hinchada en el amanecer de un mundo asesino;
diáfana por única vez en su palidez mortuoria:
Ella sabe colocar con gracia las mil y una agujas,
sabe dirigir el líquido marino que es la muerte.
Sobredosis de un encanto que rebasa a Bette Midler.

IV — JIMI, EL NEGRO DE LA MANO IZQUIERDA. (1942 - 1970)

Estaré pronto contigo, querida.
Estaré contigo cuando las estrellas
comiencen a caer.
He esperado demasiado
para llegar a donde voy
en el destello solar de tu amor.
Cream / Sunshine of your love.

Tengo un hueso de gato negro, tengo un diente Mojo,
tengo el John the Conqueroo, voy a meterme contigo.
Voy a dejar que ustedes, mujeres, me guíen con su mano;
entonces el mundo sabrá que soy un hombre hoochie coochie.
Willie Dixon / Hoochie Coochie

Hay una mano izquierda en el extremo del brazo de una estrella,
rutilante estrella opaca, un gigantesco hoyo negro
que quema sus guitarras, como quema las naves, absorbente.

Hay una mano izquierda que apunta hacia la inocencia,
que señala el oscuro candor de las siniestras conciencias
que en las noches luminosas de Siberia se ennegrecen.

Hay una mano izquierda que, por ser de negro, pobre negro,
es encontrada inocente de todos los cargos, de las cuitas

traficantes; una mano que profetiza la muerte con un canto

que habla de una mano izquierda; y la mano apunta
su arma en todas direcciones, ¡qué errática se muestra,
qué confundida, qué negra en su andar por las necesidades negras!

Mano izquierda que oculta los crímenes a la derecha;
es el zurdo y denigrante avance por las rutas del ácido
y la flor, zurdo y denigrante asomo a una generación perdida.

Hay una mano izquierda que carga al mundo, al blues,
a la niebla morada que mezquina se insinúa; hay una izquierda,
mano, pie, postura e impostura, hay una izquierda roja y otra negra.

Hay una mano izquierda en Malcom X;
y una mano izquierda que pide auxilio...
“realmente necesito ayuda, hermano”.

Hay una mano izquierda que existe eterna,
y una mano izquierda que no existe en absoluto.

DIOS II

Mi Dios me mira masturbarme, y cuando cae el semen
se masturba conmigo.
Mi Dios es una prostituta en una esquina, flaca,
ojerosa, triste y vencida.
Mi Dios es cada nacimiento, cada nuevo intento;
es un milagro en un hospital.
Mi Dios es una tira roja de anfetaminas,
es un drogo que cae en un charco.
Mi Dios me mira apuñalar a mi mujer, herirla,
y sonríe a la hora de su muerte.
Mi Dios es un homosexual asesinado en un oscuro,
es una daga clavada a traición.
Mi Dios es todo y en las mañanas es la nada,
es toda filosofía y todo desengaño.
Mi Dios es el de Teresa, amargo en su dulzura;
es cualquier cosa menos un hombre hablando en el radio.
Mi Dios sabe bailar twist sobre la desgracia humana
y se alegra cuando un hombre llega a él muerto;
bien muerto.
Mi Dios es frío pero sabe muy bien estar caliente,
es la erección y es el orgasmo.
Mi Dios usa anticonceptivos y es creador
del coitus interruptus.
Mi Dios es un adolescente de greña brava
al que los tiras golpean por el crimen
espantoso de ser él mismo.
Mi Dios es un vampiro, es una arpía;
es un hombre en la cruz... pero un hombre vivo;
sin lugar a dudas vivo.

MILAGRO

Para Citlalli, mi sobrina,
en el día de su nacimiento.

Ha ocurrido un milagro, lo anuncian
el agitado respirar del mundo y el profundo
silencio de los ángeles, lo anuncian
el amanecer de tu mundo y el envejecido
crepitar del mío.

Esperamos y nos hiciste esperar;
te deseamos y dejaste crecer nuestro deseo...
en un grito has dejado que nos percatemos
de tu sorprendente existencia que, sin duda,
nos espanta.

La claridad con la que se dibuja el pensamiento
nos deja ver, entender, la verdadera naturaleza
del amor, que no necesita motivos ni intelecto;
amor que se mueve como el río de placenta
que ayer te alimentaba.

Ha ocurrido un milagro, y cotidiano
ocurrirá desde hoy... eres tú que respiras,
que presientes la tierra con tus pies inválidos;
eres tú que, cual estrella que te nombra,
nos invitas a atestiguar tu brillo.

21 de Agosto, 1996.

Noviembre 1992 - Agosto 1996.

México, D.F.; Zacatecas; Acapulco; Cuernavaca.

México, país.

MANIFESTACIONES SALVAJES 5
I 5
II 5
III 5
AUSENCIA 6
ÍNFIMO 7
ROMPECABEZAS 9
CARROS 10
LLUVIA DE CENIZAS 11
A PUNTO DE... 13
DEICIDIO 14
LIZZIE 15
PROMESA 17
MIRAR LA ESTRUCTURA 18
ORACIÓN EN EL MURO 19
PIEDAD 20
OBSCENOS 22
SENDA 23
DIOS 24
ARTE DE LA PIEL 25
PENÚLTIMO ACTO 26
MI COLOR LO ES TODO 28
ÚLTIMO ACTO 29
PARPADEO DEL SUICIDA 30
ELIPSE 31
SOMBRAS QUE REVERDECEN 36
CUANDO ME TOCA 38
VIGILANCIA 40
HUÉRFANO 42
CALLE PARCIAL 44
I 44
II 46
III 47
IV 47
V 48
VI 48
LO QUE MIRA LA SIRENA 50
5 VERSOS POLÍTICOS 51
I — ELECCIÓN 51
II — PODER 52

III 52
IV — ¿QUIÉN? 53
V — GUSANOS Y SU JUSTICIA 53
PAÍS Y DRAGÓN 55
EL BESO DE LA SERPIENTE 58
PRECIO 59
EL ESPEJO 60
AFORISMOS DE DOS CENTÍMETROS. 63
1 63
2 63
3 63
4 63
5 63
6 63
7 63
8 63
9 63
10 63
11 63
12 63
13 64
14 64
15 64
16 64
17 64
18 64
19 64
HASTA ENTRE LLAMAS ARDIENTES 65
I 65
II 65
III 67
IV 67
V 71
VI 71
VII 72
VIII 74
IX 75
X 76
XI 77
XII 78

CRIMEN DE ARGENTA 80
CARAVANAS 82
I 82
II 82
III 83
IV 83
V 83
VI 84
PALABRAS INCONCLUSAS 85
ELOGIO DEL DRAGÓN 86
I 86
II 87
III 87
IV 88
V 89
UNROLLING STONE 91
EL TRAJE DEL DILETANTE 93
PALABRA DE HOMBRE 95
ATESTIGUAR EL FUEGO 96
ABAJO 97
ANONIMATO PARA MÍ 99
ESTEREOFONÍA 101
MI AMOR EN UN SEPULCRO 105
TESORO 106
AZUL DEL MARGINADO 107
MAREA BAJA 108
VENTISCA 110
ANGUSTIA DEL RESUCITADO 111
I — JESUCRISTO 111
II — LÁZARO 113
III — VLAD 115
MECIENDO LA CUNA 118
LOS QUEHACERES DEL DEMONIO 121
RECONOCIMIENTO 122
CLAMOR DE GUERRA 124
COMPARTIDA AGONÍA 125
SALIDA 126
CANCIÓN DE LOS MOTIVOS 129
MASCARADA 130
VIDA PARA SIEMPRE 131

BESTIARIO DE MUERTOS **132**
I — EDIE, CALLEJERA DE NUEVA YORK. (1943 - 1971) **132**
II — JIMBO, EL JOVEN LEÓN. (1943 - 1971) **134**
III — JANIS, BRUJA ADICTA. (1943 - 1970) **137**
IV — JIMI, EL NEGRO DE LA MANO IZQUIERDA. (1942 - 1970) **139**
DIOS II **141**
MILAGRO **142**